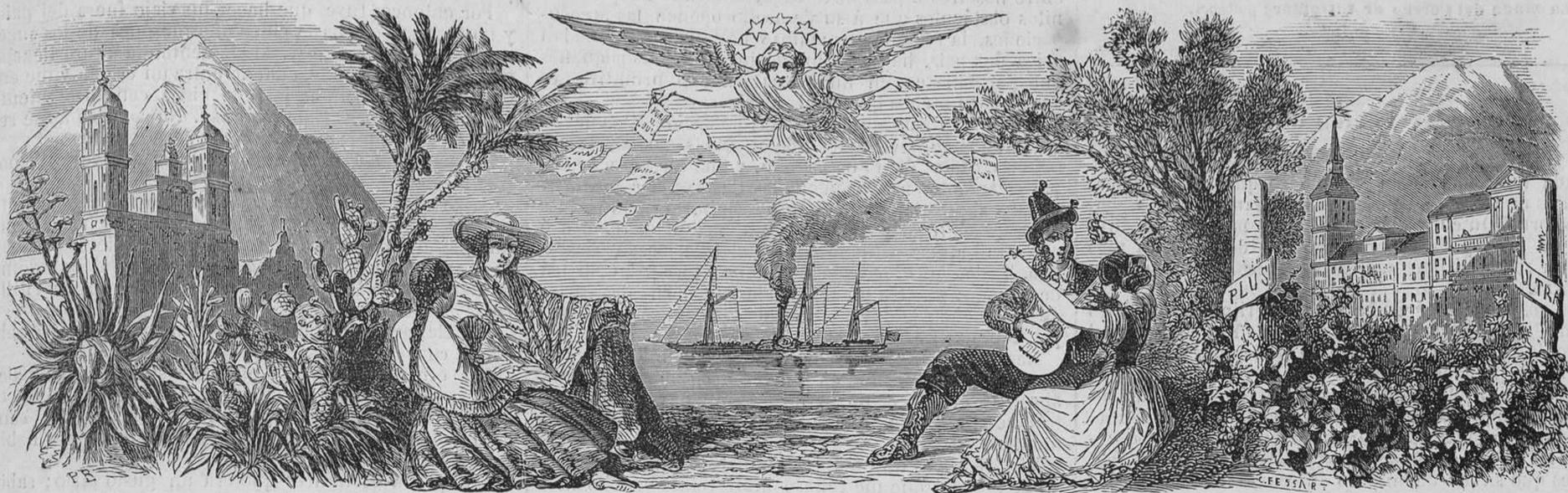


# EL CORREO DE ULTRAMAR

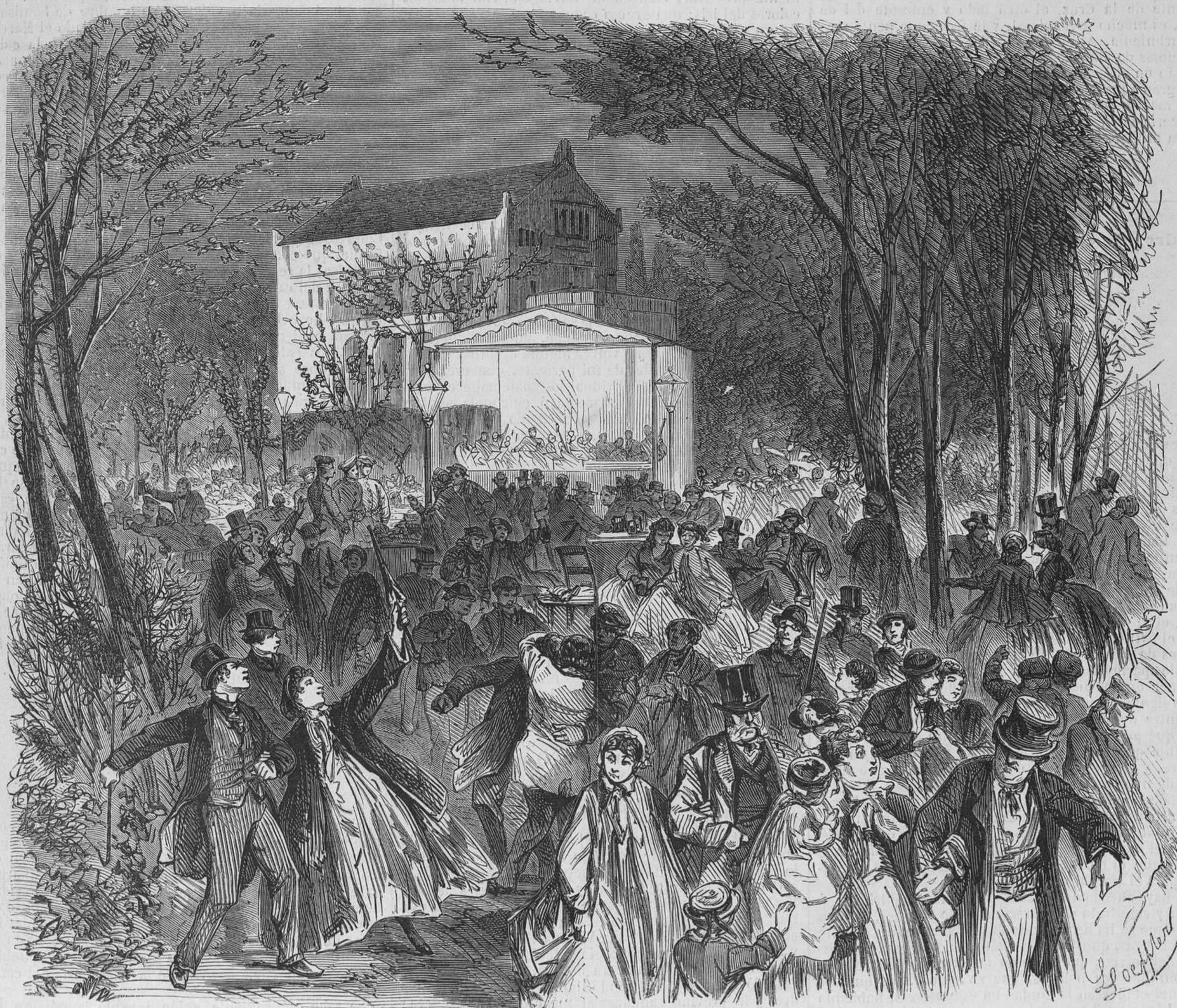
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 813.



LAS CERVECERIAS DE BERLIN. — El templo del Bock Bier.

## SUMARIO.

Las cervecerías de Berlín; grabado.—Cuadros de costumbres guatemaltecas, por Salomé Gil.—Sucesos de Servia; grabado.—Una escala en Guayaquil; grabados.—Revista de París.—Las nuevas galerías del Louvre; grabados.—Las demoliciones de París: El arco Colbert; grabado.—Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag.—La Moda del Correo de Ultramar; grabados.

## Las cervecerías de Berlín.

Nada más notable en su género que los establecimientos que tienen consagrados á Gambrinus, Viena, Francfort, Munich y Berlín. El gran pabellón de Dreher, en la Exposición universal de 1867, no era más que un reducidísimo modelo de estas Alhambras germánicas.

Las dos grandes cervecerías de Berlín, cuyo dibujo nos da hoy nuestro amigo Ludwig Loeffler, se elevan al Mediodía delante de la puerta de Halle, por ambos lados de una hondonada.

La de la izquierda, la cervecería Hopff, es un inmenso terrado á la orilla del camino de Halle, bastante alto por este sitio. Al lado de los bosquecillos que cubren las mesas de madera, se elevan varias construcciones que sirven de amparo en caso de lluvia. Una de estas construcciones que se levanta majestuosamente al extremo del jardín, con una espaciosa escalera, terrados y columnas, se llama el *Templo de la cerveza de bock*, una calidad de cerveza que hay que beber fresca en la primavera, y que en el famoso establecimiento de Hopff no dura más de quince días ó tres semanas. No hay para qué decir que en este tiempo la muchedumbre de aficionados es considerable, y como es bebida que se sube á la cabeza, la alegría que reina en el establecimiento es indescriptible.

El establecimiento de Tivoli, situado en el *Kreuzberg*, ó monte de la Cruz, al otro lado y enfrente del de Hopff, es mucho más colosal, y le frecuente gente menos turbulenta. Allí concurren las señoras más bonitas y virtuosas de Berlín. Las mesas están separadas, y se cuentan en el jardín cerca de quince mil sillas, además de la gran construcción cuyo dibujo damos, y que contiene más de diez mil personas. Lo mismo que en la cervecería Hopff, hay aquí todos los días concierto de música militar, por cierto bien digno de oírse.

W. R.

## Cuadros de costumbres guatemaltecas,

POR SALOMÉ GIL.

(Conclusion.—Véase el N.º 812.)

EL GUANACO.

Como lo hice en mi artículo anterior respecto á la palabra *chapín* y á la aplicación que por acá le damos, tengo que comenzar el presente confesando mi ignorancia crasa acerca del origen de la denominación con que distinguimos en esta capital á los hijos de otras poblaciones del país. Véase cómo hasta los periodistas, que parece lo sabemos todo, ignoramos también algunas cosas. Llamamos guanaco, no solamente al que ha nacido en los Estados de Centro-América, que no son el de Guatemala, sino á los naturales de los pueblos mismos de la república. Así oímos hablar frecuentemente de guanacos de Guastatoya, de Cuagüiniquilapa, de Amatitlán, etc., y algunos hay que llevan el rigor localista hasta el extremo de calificar con aquel apodo á los habitantes de los barrios de esta ciudad. Por lo demás, y dejando aparte esa manía extravagante, creo sería bueno proponer en los diarios, en forma de charada ó acertijo, la significación de la palabra guanaco, en el sentido que entre nosotros tiene, pues francamente hablando, no sé qué pueda haber de común entre el cuadrúpedo rumiante que en la historia natural se conoce con ese nombre, y el bípedo, más ó menos racional, que nace fuera de nuestras garitas.

Sentadas estas premisas, debo manifestar que el presente artículo se refiere únicamente al guanaco provinciano ó *ultrapacino*, dejando quizá para otra vez la anatomía del guanaco departamental, si puedo expresarme así. Lo que el portugués para el castellano, es el guanaco para el chapín del vulgo.

No hay anécdota ridícula que este no atribuya á aquel; y si se trata de un reciénvenido *bayunco*, es bien sabido que se ha de decir de él que se arrodilla delante de las boticas, que toma por altares; que reza al *mas-carón* del correo; que pide en la nevería agua caliente para entibiar los helados; que se asombra de que los chapines edificasen la ciudad en este *pedrero*, habiendo cerca llanos tan hermosos; que pregunta si la catedral es *hecha aquí*, y otras ocurrencias semejantes, que prue-

ban menos mala voluntad que deseo de embromar y de divertirse.

Verdad es que con el aumento de la civilización va desapareciendo, por fortuna, el espíritu de localismo; los chapines nos hemos vuelto más tolerantes, y los guanacos, por su parte, al menos en las poblaciones principales, han adelantado con el trato, más y más frecuente cada día, con los extranjeros.

Esto no obstante, como la cultura tiene que caminar entre nosotros á paso de tortuga, luchando con los infinitos obstáculos que á su desarrollo oponen las preocupaciones, la falta de elementos y hasta la configuración física del país, hay aun muchísimos pueblos pequeños que permanecen en una situación casi primitiva, es decir, poco menos que semi-salvaje.

Un habitante de alguna de esas poblaciones, en medio de nuestra relativamente adelantada sociedad, es un objeto curioso, digno de estudio, y que me parece cabe perfectamente en estos pequeños *Cuadros de costumbres*.

Hace algún tiempo vino á esta capital un don Marcos Morolika, natural y vecino de un pueblo de cuatro ó cinco mil almas, situado allá en el interior de Nicaragua. Traía, entre otras cosas buenas, una gran partida de ganado; y entre muchas malas, unas cuantas cartas de recomendación de algunos de los deudos que tengo por aquellas tierras.

Más aun; era algo pariente mío por afinidad, según me dijo al saludarme, alegando esa circunstancia para apearme el Vd., como lo hizo de buenas á primeras, tratándome sin ceremonia de *tú* y de *vos* alternativamente.

Mi pariente es un hombre original si los hay. Tendría en la época á que me refiero unos veinte y ocho años de edad; daba á conocer desde luego talento natural, aunque sin cultivo de ninguna especie, y habría pasado por buen mozo á haber recibido un ligero barniz de civilización. Apeóse en uno de los mesones, pues ignoraba que hubiese en la ciudad posadas menos democráticas, y al siguiente día de su llegada se me presentó en el traje que en su pueblo solía llevar en los días grandes. Levita de duradera azul con botones dorados, cortada á la manera en que se usaban veinte y cinco años hace; pantalón de dril blanco, de forma igualmente pretérita; chaleco de terciopelo, con todos los colores del iris; una gruesa cadena de oro; por corbata un pañuelo de seda carmesí, recogido sobre la camisa con una sortija; guantes de seda, y anillos sobre los guantes, pues no tendría gracia llevar esas alhajas para que no se viesan; tales eran, con un enorme y fino sombrero de jipijapa, las principales prendas de la extraña *tualeta* de mi pariente. Díjeme me ocupase en todo aquello en que pudiese servirle, y me ofrecí á ser su *cicerone* para hacerle ver las pocas cosas que tenemos que merecen ser vistas.

En efecto, fuimos á visitar las iglesias, el teatro, la plaza de toros y nuestros principales establecimientos públicos. Al revés de lo que yo esperaba, mi don Marcos no parecía sorprenderse de lo que jamás había visto, y pronto pude convencerme de que venía con una resolución formada *á priori* de no admirarse de nada.

Todo era, poco más ó menos, lo mismo que en su tierra, según me aseguré. Después de haber recorrido la ciudad de Sur á Norte y de oriente á ocaso, me manifestó el deseo de conocer un poco la sociedad, advirtiéndome, sí, que no debíamos salir de noche, pues no quería le diesen una puñalada al volver alguna esquina.

Me reí de la candidez de mi pariente, que creía que en punto á seguridad individual los guatemaltecos estábamos aun como ahora cuarenta ó cincuenta años; y como por entonces no había yo formado todavía la resolución, que después hice, de no ser introductor de nadie, hubé de ofrecerle que le presentaría en casa de algunos de mis amigos.

En efecto, el primer día festivo después de su llegada fuimos á visitar á doña Viviana Melindres, señora que está, ó cree estar por lo menos, en los últimos ápices del buen tono y la cortesía. Marcos entró en la sala, donde había muchos tertulianos, como si hubiese frecuentado la casa toda su vida, y saludó á la señora con un «¿qué hace?» liso y llano, que me dejó frío. Invitado á sentarse en uno de los sillones, no bien se había dejado caer, saltó como una pelota de goma elástica, y dijo:

— ¡Caramba! ¿Qué es esto?

La señora fué inmediatamente á ver si tenía algo la silla; pero no había más que los resortes, que comprimidos con el peso de mi hombre, le hicieron creer que se hundía el asiento.

Una ligera sonrisa de los concurrentes indicó á mi presentado que había hecho un disparate; pero no hizo alto en ello, y si lo hizo, no se le dió un pito. Se dirigió á una silla de balanza, y vuelta al susto, al sentir que se iba hácia atrás.

— A la perra con los taburetes, dijo, unos se hunden y otros están rencos.

Y quitándose el bastón de la mano, lo atravesó bajo las cerchas en que descansaban los pies de la silla, con lo cual esta se mantuvo fija.

Comenzó la conversación, y mi don Marcos anduvo tan poco feliz en las cosas que habló como en las que hizo al entrar. Empeñado en la charla, comenzó á escupir en la alfombra. Doña Viviana llamó á un criado, y le mandó con disimulo pusiese del lado donde escupía mi pariente una escupidera dorada. Entonces Marcos escupió del otro lado. Mandó llamar al criado la Melindres y le previno cambiase el lugar de la escupidera; pero Marcos, impaciente, dijo señalando al trasto:

— Si no me quitan de aquí esta *animata*, la escupo.

Una carcajada general celebró aquella salida. Corrido y avergonzado, quise poner término á la visita; pero el hombre condenado no entendía mis insinuaciones, y seguía charlando y escupiendo á diestro y á siniestro. Me puse resueltamente en pié, y le dije que ya era hora de marcharnos.

— Vaya que eres calilla, vos, me dijo, y se despidió tan sin ceremonia como había entrado. Salí resuelto á no presentarme ya en casa alguna con aquel gánzapiro.

Por entonces tuve que hacer un viaje fuera del país, y no regresé sino hasta cinco años después de los sucesos que acabo de referir. Al siguiente día de mi llegada estaba yo vistiéndome, cuando entra mi criado y me entrega una elegante tarjeta de visita con el siguiente nombre: *Marco Antonio Morolika*. No conozco á ese señor, dije para mí; el apellido me parece polaco.

— Que pase á la sala, dije al criado, voy al momento.

Salgo y me encuentro un caballero en un elegante *negligé* de mañana, y á quien me pareció conocer, aunque no recordaba bien dónde le hubiese visto.

— ¡Cómo va, Salomé, *mon cher ami*, dijo alargándome la mano, cubierta con un finísimo guante de cabritilla color de plomo.

— ¡Marcos! exclamé, ¡qué cambiado estás! y entablé con él conversacion.

Era otro hombre. Sus modales, su traje, sus palabras, eran, en apariencia al menos, de un perfecto caballero, y no pude encontrar huellas de aquel sencillo y burdo provinciano que cinco años antes había conocido.

Estropeaba el francés que era un gusto oírlo; sabía decir en inglés *gentleman, fashion, comfort, tilbury*. Recibía los periódicos, especialmente los de modas; estaba abonado en la ópera por pasar el rato y visitar á sus amigos de palco en palco, pues *encontraba la tropa pitoyable*; bailaba, jugaba, tenía carruaje y caballos, conocía á todo el mundo, y era, según me dijo, *l'enfant gaté* de la buena sociedad. Andaba en intrigas amorosas, y tuve que oír, en confianza por supuesto, los nombres de cinco ó seis Cleopatras cautivas, atadas al carro triunfal del nuevo Marco Antonio.

Para completar la metamorfosis, mi pariente, que considero demasiado vulgares su nombre de bautismo y el apelativo de sus padres, había cambiado el Marcos en Marco Antonio, y sustituyendo con una *k* la *c* del Morolika, dió cierto barniz de extranjerismo á su apellido. El ex-guanaco no era abogado, ni médico, ni comerciante, ni iba á ferias, ni tenía, en una palabra, oficio alguno conocido, al revés de otros muchos de sus compatriotas de más allá del Paz, que viven entre nosotros gozando de merecida estimación.

Sin embargo, gastaba como si tuviese más caudal que un usurero, misterio que nunca pude descifrar satisfactoriamente. Marcos cuando vino de su tierra era ridículo; la cultura había hecho de él un holgazán y un ser pernicioso á la sociedad. ¡Y llaman á esto civilizarse! Confieso que me agradaba menos aun bajo su nueva forma, que cuando conservaba, bajo la ruda corteza de su aldea, la sencillez de costumbres y la sinceridad inofensiva del campesino.

Tres meses después del día en que me hizo la visita de que he hablado, Marco Antonio desapareció de la ciudad, habiendo perdido en una casa de juego el carruaje, los caballos, el reloj, los anillos y otras alhajas. Diez ó doce acreedores, á quienes había estado por mucho tiempo halagando y entreteniendo con promesas que jamás debían verse realizadas, acudieron á repartirse los despojos, harto insuficientes, que dejaba.

Tomaron unos pocos muebles, y encontraron entre las gavetas retratos, billetes amorosos y trenzas de cabellos, lazos harto débiles por cierto para asegurar aquel corazón voluble como una veleta. Ultimamente se ha sabido que, al llegar á su pueblo, el fugitivo se casó con una anciana que poseía un capitalito de diez mil pesos, de los cuales dará sin duda buenas cuentas muy en breve. En cuanto á las abandonadas Melindras, unas se han consolado de la ausencia de su don Gaiferos dándole el correspondiente sustituto; otras lloran su perfidia como Safo lloró la de Faon, aunque supongo que no llevarán su dolor hasta el extremo de dar el salto mortal, y unas pocas no creen en el casamiento ni en lo de la vieja, y le esperan con la misma fe, aunque con iguales probabilidades, que los judíos al Mesías y los portugueses al rey Don Sebastian.

MIS HUÉSPEDES.

El nombre del primero que abrió un establecimiento público para alojar á los viajeros en las poblaciones, debía estar escrito en letras de oro en el catálogo de los bienhechores de la humanidad. Y sin embargo, apostaría yo doble contra sencillo á que la posteridad desagradecida ha olvidado quién fué ese filántropo, cuya estatua habría de adornar las fachadas de todas las casas de hospedaje, desde el elegante hotel hasta el meson modesto. Nada extraño será, porque los pueblos carecen como suele decirse, de la «memoria del corazón.»

Se sabe seguramente quién inventó la pólvora, los pasquines, los periódicos, los cañones rayados y otras cosas igualmente *mortíferas*, y nadie trata de averiguar

honra el seguir las huellas de su protector; elevará como él la bandera de la nación y la guiará en la via de la independencia y del progreso; pero en cuanto á vengar su muerte, no pensará en semejante cosa.

Por lo demás, la justicia servia procede contra los asesinos del príncipe Miguel, y su obra estará ya terminada cuando Milan ejerza el poder supremo.

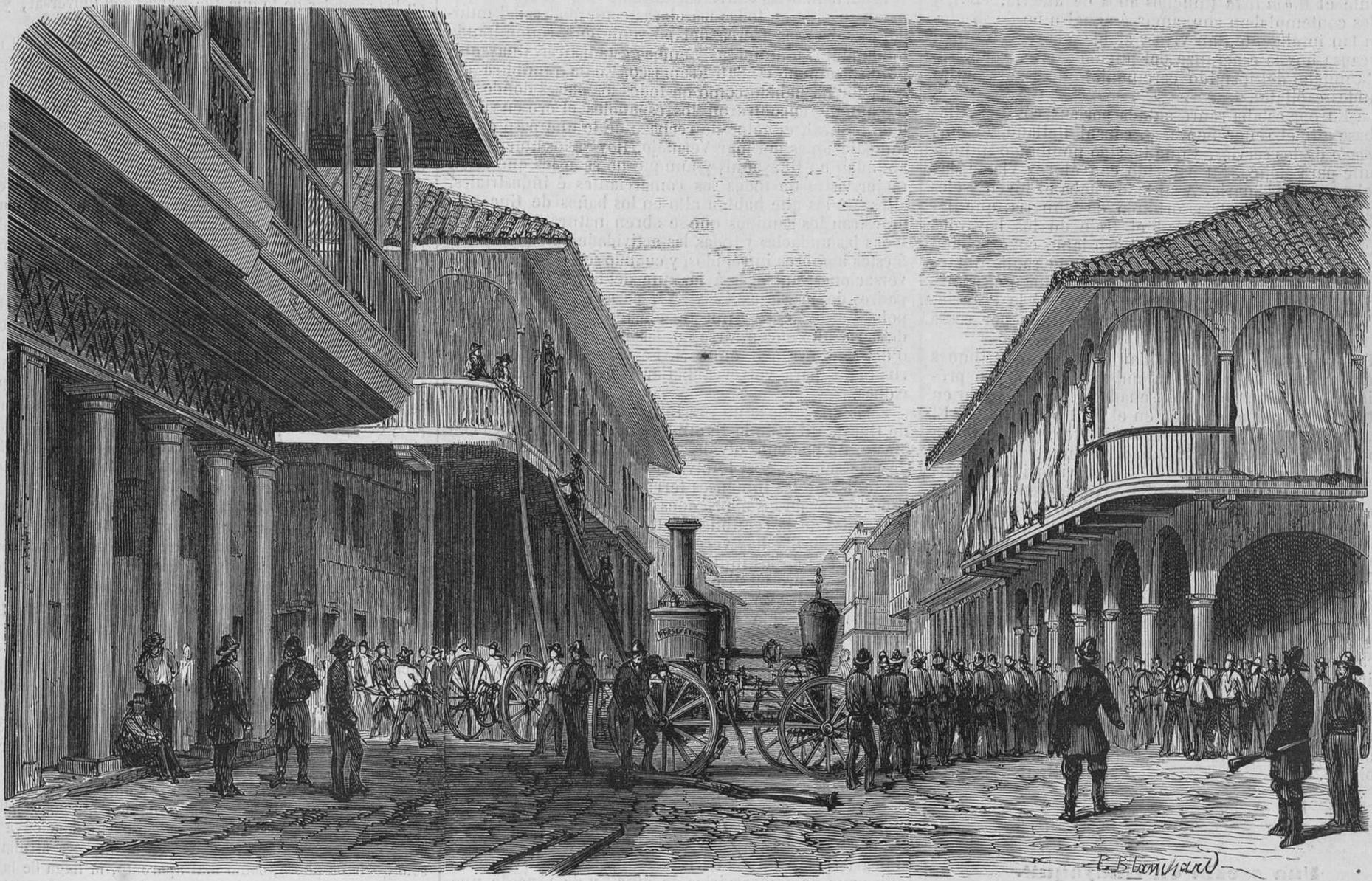
Pero me entretengo en hablar del alumno, cuando ya el príncipe Milan se halla instalado en el palacio. La población y el ejército le han hecho una acogida entusiasta; fué á la catedral, dió audiencia



REPUBLICA DEL ECUADOR. — Guayaquil: el muelle del Norte.

á los ministros, á los senadores, á la municipalidad de Belgrado y al cuerpo diplomático: el país está de fiesta. Sin embargo, la bandera negra ondea todavía en las ventanas, todo el mundo viste de luto por el príncipe Miguel; que venga la skupchtina, que venga la consagración para que la bandera tricolor aparezca de nuevo, para que el pueblo se regocije libremente por haberse librado como por milagro del peligro en que le pusieron los asesinos pagados por conspiradores infames.

El día marcado para la reunión de la skupchtina llega por fin. Quinientos cuatro di-



Guayaquil: la calle del Teatro; ejercicio de los bomberos.

putados elegidos por el sufragio universal deben reunirse en Topchideré para proclamar al príncipe Milan Obrenovitsch IV: solo uno falta, y eso porque está enfermo.

Yo los he visto; no habian tenido carruajes á su disposición, ni wagones, ni aun diligencias; habian venido á pié ó á caballo. A las seis de la mañana se aprobaban las actas de elección, á las nueve se leía el informe del gobierno provisional y se recibía su dimisión; á las diez se nombraban los señores regentes, señores Ristitch, Gavrilovitch y el coronel Blaznavatz, y á las once repetidos vítores aclamaban al joven príncipe que ellos acababan



Guayaquil: Vista tomada de la plaza de la Union.

de proclamar, y que hacia su entrada en la sala de deliberaciones.

Pero ¿era aquello una sala? Figúrese el lector una techumbre de tablas sostenida por vigas colocadas de trecho en trecho, y por entre las cuales se veía el campo: por un lado Topchideré, la residencia favorita del príncipe Milosch; por el otro el parque de Kochutniak, donde fué asesinado el príncipe Miguel. En el hondo valle que separa estas dos localidades, se eleva la sala improvisada donde delibera la Skupchtina. En ese mismo sitio el anciano Milosch la convocaba, pero la techumbre habría sido mucho lujo para el rudo patriota; reunía á los diputados

servios al aire libre, con la lluvia y el sol, y nadie se quejaba.

Los diputados actuales no son menos sencillos ni buenos patriotas que sus predecesores, pero les han construido un abrigo, y hacen muy bien en aprovecharlo. Por lo demás, bajo este abrigo todo es primitivo: bancos de madera, tribunas de madera sin alfombras ni colgaduras, sin seda y sin terciopelo. Por todo ornato una mesa con una cruz, un hachón de cera y el Evangelio: ahí los regentes prestan juramento en manos de un arzobispo metropolitano, ahí el joven príncipe dirige á la asamblea un corto discurso.

Los ministros y los senadores están de frac negro, pero el príncipe ha preferido el uniforme de coronel adoptado por su predecesor, y que le sienta perfectamente.

En cuanto á los diputados, llevan todos el traje nacional: chaqueta corta muy abierta sobre el pecho, dejando ver un chaleco alto que, como la chaqueta, está adornado de pasamanerías de seda de plata y oro. En el talle una faja de lana sostenida por una ancha y sólida correa, de la que penden pistolas y puñales, el único lujo de estos valerosos montañeses. Para completar el cuadro, un pantalón flotante, grandes polainas de paño ó de lana y zapato.

El espectáculo no podía ser mas pintoresco. Entre los montañeses se veían algunos sacerdotes de larga cabellera y barba inculta; la concurrencia entonaba gravemente el *Mloga lieta* (muchos años de alegría, etc.), y todos contemplaban con amor á aquel niño de fisonomía tan inteligente, tan viva y afable á la vez, en quien descansa hoy la esperanza del pueblo servio. Todo esto dista mucho del insípido ceremonial que se usa en las grandes capitales.

La Europa estaba representada por sus cónsules. Hallábase allí el señor Scovasso, cónsul italiano, el *niño mimado* de los servios, y que ha sido nombrado últimamente para Méjico. Su parecido con el rey Víctor Manuel es extraordinario. A su lado estaba el joven y elegante cónsul de Austria, oriundo de Hungría, que llevaba para esta solemnidad el traje de los boyardos magyares; un poco mas allá el prusiano, cuyo plácido semblante contrastaba con su uniforme semi-militar, adornado con dos gruesas charreteras; luego el comisario otomano. Faltaba el que representa á la Francia, M. Engelhardt, pues se hallaba en Belgrado por cosas de familia.

Todos estos señores se habían colocado en tribunas laterales, en tanto que los miembros del gobierno provisional, los ministros y los senadores, se apiñaban en la tribuna principal elevada en el centro de la sala. El nombrar á estos últimos sería larga tarea, y ya me falta espacio. Sin embargo, debo hacer algunas menciones.

Estaban allí los señores Ristitch, Gavrilovitch, candidatos para la regencia; Christich, ex-presidente del consejo; Marinovitch, presidente del Senado; los ministros Zernobaratz, Zukitch, Leschianine y Petronovich, que hicieron dimisión al día siguiente.

Entre los militares se distinguía el coronel Blaznavatz, también candidato á la regencia, el hombre enérgico que asumió la responsabilidad de las medidas tomadas despues del asesinato del príncipe Miguel, y que ha sabido mantener el orden en Servia; luego estaba el capitán Nikolitch, edecán del príncipe, hombre simpático hasta el extremo.

Concluámos pues: el pueblo servio, valiente, inteligente y laborioso, desempeñará, á no dudarlo, un gran papel en la cuestión de Oriente. Por mas que la diplomacia le oponga obstáculos, él marchará, y alcanzará su objeto. H. G.

### Una escala en Guayaquil.

(Continuacion — Véase el N.º 812.)

Paulatinamente la creación debida á M. E. Poudavigne se fué perfeccionando hasta llegar á la perfección y á la armonía completa, y en la actualidad las dos compañías de bomberos organizadas podrian luchar sin desventaja con las mejores de Nueva York: para juzgarlas bien es menester verlas trabajando.

Apenas aparece el incendio se da la voz de alarma, y en cuanto se oye el tañido de la campana, todo el mundo sale á la calle, pregunta cuál es el lugar del siniestro y se apresura á prestar socorro. Diríase que se encuentra uno trasladado de repente á una de esas ciudades de la América del Norte, donde la actividad es proverbial. Las bombas se manejan con habilidad y destreza, y es muy raro que no se logre dominar el incendio, no obstante las dificultades que presentan unas construcciones muy ligeras, que ofrecen un alimento demasiado fácil para la combustion.

Todo el que pasa por Guayaquil, sea por una arribada militar, sea por una arribada comercial, debe visitar los establecimientos de baños instalados en las márgenes del río Guayas. Ya hemos dicho que este río es precioso y ofrece todas las riquezas de flores y de vegetación de las zonas ecuatoriales. Las pobres muestras que vemos en nuestros jardines de Europa no pueden darnos idea de semejante flora. Aquí se ven verdaderamente la elegancia unida á la grandeza, la riqueza brillante del colorido junta con la suavidad del aroma. Los establecimientos de baños á que nos referimos son

lugares de recreo muy frecuentados por toda la población flotante de Guayaquil. La población sedentaria también acude, pero en general no busca los placeres de estas residencias pasajeras, sino en compañía de extranjeros á quienes hace los honores de la ciudad.

Aquí se puede ver toda la importancia reservada al puerto de Guayaquil por las comunicaciones mas fáciles cada día al través del istmo de Panamá. Hasta nuestra época, la navegación no era nada cómoda en el Océano Pacífico, lo cual resultaba en perjuicio de las relaciones internacionales. Pero la industria moderna no conoce obstáculos, y con los poderosos instrumentos de que dispone, es para ella un juego taladrar los montes, dominar los ríos y unir los Océanos. Nueva York está en contacto ó lo va á estar con San Francisco. La actividad americana, agrícola, industrial y comercial, va á reemplazar el ardor febril que arrojó á todo un mundo sobre las minas de la California. De esto resultará un movimiento considerable en todo el Océano Pacífico, que su posición inclina hácia el lado del Asia oriental; pero el origen de las poblaciones de la América meridional las volverá siempre hácia el lado de la Europa. Ya en los muelles de Guayaquil se pueden observar los síntomas de este gran movimiento. En los baños de Guayas se observa muy bien este movimiento, pues allí se encuentran todas las poblaciones comerciales y se las ve entregadas á la indolencia que autoriza un lugar de recreo.

Escuchando las conversaciones de estos hombres que pasan su vida en todas las plazas comerciales del mundo, se sabe mas acerca del porvenir que compulsando lentamente voluminosas y añejas estadísticas. Guayaquil no dista mucho de San Francisco. En la república del Ecuador ha habido como en todos los países donde antiguamente encontraron los españoles el oro en su estado natural, el golpe de rechazo de lo que pasó en las inmediaciones del mar Vermejo. Hoy ya los americanos abundan en Guayaquil y aunque no sean los que están mejor vistos de todos los comerciantes é industriales, ellos son los que hablan alto en los baños de Guayas y muestran los caminos que se abren naturalmente ante todas las audacias y todas las actividades. Nada espanta á estos hombres intrépidos, y cuando se dejan estas conversaciones, análogas á las que debían tener nuestros padres de los siglos XV y XVI, para volver á nuestras pobres discusiones y nuestra chismografía, confieso que desearia uno encontrarse en las márgenes del Océano ó del Mediterráneo, entre M. Ferd. de Lesseps y M. Cyrus Field, para volver á hallar las desvanecidas emociones.

Estas digresiones no son importunas cuando se trata de Guayaquil y de la República del Ecuador, pues con efecto, no podemos olvidar que estamos aquí en el país de los Caciques, y si lo olvidáramos nos lo recordarian los indios de los inmensos territorios de Napo. Estos últimos restos de los aborígenes van todos los años á Quito, capital de la república, á traer el tributo á que están sometidos, y hay veces que llegan hasta Guayaquil.

En manos de los indios se pueden ver las mas bellas muestras de oro en el estado natural que hasta ahora son conocidas. ¿De dónde las sacan? Sobre este punto ha sido imposible obtener ninguna noticia precisa. Cuando salen de sus selvas vírgenes, los indios traen ya consigo este precioso metal, objeto de tantas avaricias, y nadie ha podido seguirlos hasta sus misteriosas guaridas. Un día sin embargo, en los baños de Guayas dos viajeros europeos prestaban el oído á las detonaciones del Sangay, que es el volcan mas grande que se conoce en el mundo; incesantemente se halla en erupción, y aunque esté situado cerca de Riobamba en la provincia á que ha dado su nombre el Chimborazo, el gigante de los Alpès, se le oye perfectamente en Guayaquil. Los viajeros en cuestión se hallaban en tan remotas regiones por amor á la ciencia, y la voz del volcan parecia indicarles el camino. Cerca de ellos dormían algunos indios que debían servirles de guia, y de repente uno de ellos se levantó y plantándose majestuosamente delante de M. de Humboldt, le dijo:

—Mira, te he prometido llevarte con toda seguridad por la montaña y cumpliré mi palabra: ahora tú me has de prometer respetar los secretos de nuestros padres, si es que los descubres...

Humboldt y su compañero se quedaron en ayunas sobre esta escena que cuenta en su correspondencia M. de Bonpland. Juraron sin embargo cuanto exigieron de ellos, y los indios en el momento de la despedida les dieron las pepitas de oro mas puras que hay en nuestras colecciones.

¿Estarán destinados estos territorios del Napo á reemplazar la agotada California y la Australia que se está agotando?... Hé ahí la pregunta que se repite á menudo en Guayaquil. J. B.

### Revista de Paris.

Se han comenzado ya los preparativos para la fiesta del 15 de agosto y, aunque no se ha publicado el programa, no creemos tener necesidad de leerle para afirmar que la fiesta de agosto de 1868 será idéntica á la de los años anteriores. Por consiguiente, parécenos inútil hablar de lo que todos sabemos. Lo único que varía en estos festejos es la iluminación, siempre magnífica en verdad, sea cual fuere la forma bajo la cual se presente y, según se dice, la de este

año no desmerecerá de las que hemos visto en tales ocasiones. Los preparativos á que aludimos, y que se están haciendo en la plaza de la Concordia, tienen por objeto levantar esos aparatos de la iluminación que en esa plaza ostenta siempre su mayor brillo.

Ignoramos si los emperadores estarán en Paris el 15 de agosto; pero desde luego diremos que no es costumbre, aunque se cuenten algunas excepciones. El emperador se halla en la estación termal de Plombières y la emperatriz Eugenia continúa en Fontainebleau, de cuyo punto escriben de tiempo en tiempo algunas noticias los cronistas de la corte. Despues de haber señalado la presencia del príncipe y la princesa de Metternich en aquella residencia imperial, la cual ha dado grande animación á las reuniones, ahora hace el gasto de la crónica M. Octavio Feuillet, bibliotecario del palacio, que ameniza las veladas leyendo capítulos de sus novelas inéditas y trozos de su traducción de Virgilio.

Entre tanto las veladas de los parisienses son mas sofisticantes que los días. En vano se busca el fresco en las calles de Paris, y así es que ha habido personas que han tomado la heroica resolución de abandonar sus casas. Entre estas emigraciones nocturnas producidas por el calor, se cita principalmente la del barrio del Campo de Marte, cuyos habitantes, sobre todo los que viven en los pisos superiores de las casas, convertidos en otros tantos hornos por la proximidad de la techumbre de zinc, establecían su campamento en las avenidas de lo que fué Exposición universal, y dormían sobre la yerba debajo de los árboles.

Una madrugada sucedió la cosa mas verosímil del mundo; de repente, y sin truenos ni relámpagos cayó sobre los durmientes un aguacero tan recio y abundante, que fué aquello como una derrota general, en la que cada tráfuga de su domicilio se distinguía por la precipitación de la carrera. Desde entonces no se ha vuelto á ver el susodicho campamento.

No hay para qué añadir que estos memorables calores del verano actual han hecho huir de Paris mas gente aun que de costumbre. Las cercanías de la capital están pobladas como nunca, y en cuanto á los puertos de mar como el Havre, Dieppe, Trouville, etc., es casi imposible hallar donde hospedarse. La crónica cotidiana señala continuamente las traslaciones al campo y los viajes de las notabilidades de la sociedad parisiense, y entre estas noticias se encuentran tambien curiosos pormenores de la terrible enfermedad que aqueja á un diplomático alemán hace ya algunos meses.

Este diplomático es el embajador de Prusia en Paris, señor conde de Goltz, que padece de un cáncer en la lengua, del que fué operado hace poco por el doctor Nelaton, sin haberse conseguido la curación del mal, no obstante haber experimentado un alivio momentáneo. Inquieto en vista de la continuación de su dolencia, el conde se puso en manos del profesor Von Schmitt, quien se dice inventor de un método para curar la terrible enfermedad, y según se dijo en un principio, los resultados correspondieron al anuncio. Empezó el doctor alemán por administrar al conde gárgaras compuestas de un cocimiento de yerbas asiáticas no conocidas por los farmacopeos de Europa. El uso de este medicamento produjo dolores intensos, seguidos por una erupción cancerosa en el cielo de la boca. Continuó la aplicación de las gárgaras, hasta que la erupción formó abceso y reventó este. Experimentó entonces el enfermo notable mejoría, y consideróse como favorable el curso que llevaba el tratamiento, por cuanto los mas célebres médicos de Paris opinaban no ser posible traer á supuración los abscesos cancerosos. Interin que dicha supuración se formaba, contúvose la hinchazón de la mandíbula inferior, merced á la aplicación de una untura con un líquido obtenido por un cocimiento de ranas de una especie particular, cuya piel era amarilla y los ojos verdes. Por último, se añadía que solo quedaba ahora, como mal aparente, la llaga de la lengua, la cual sin embargo iba sanando y permitía ya al conde hablar y alimentarse aunque todavía con trabajo. El doctor Van Schmitt prometió que la cura sería completa dentro de dos meses.

Pero ¡ay! no obstante esta promesa, el embajador de Prusia ha empeorado y se teme mucho en la actualidad que los recursos de la ciencia sean insuficientes.

Una curiosa historia de testamento tenemos que contar esta semana.

El año último falleció en Paris un marqués que, retirado del mundo, había llevado una vida apacible, estudiosa y recogida: era uno de esos hombres que merecen el dictado de excéntricos porque no se parecen al comun de los mártires; pero los que le conocían íntimamente sabían muy bien á qué atenerse en punto á sus buenas prendas, y le hacían la debida justicia cuando prodigaban sus alabanzas.

Prueba de ello es que á su muerte se encontró en sus disposiciones testamentarias que legaba una gran parte de su fortuna á diversos establecimientos de beneficencia, sin que por esto hubiese olvidado á sus deudos y amigos, pues había para todos ellos diferentes mandas particulares.

Había reunido el marqués una librería considerable de dos á tres mil volúmenes que dejó á un baron íntimo amigo suyo y compañero de toda su vida.

Nada mas natural; era un recuerdo debido á una amistad inquebrantable nunca desmentida.

El baron reclama su legado y los albaceas responden que puede llevarse los libros cuando guste.

—Sí, exclama el baron, pero eso no me basta.

—¿No le basta á Vd. llevarse los libros y los manuscritos? ¿Pues qué mas quiere usted?

— Quiero la casa donde está la biblioteca.

— ¡La casa! ¿Qué está Vd. diciendo? ¿Cómo puede usted sostener la pretension de que esa casa le pertenece?

— La sostengo, primeramente porque conozco mejor que nadie las voluntades y las intenciones del testador. Además, la casa se hizo única y exclusivamente para poner los libros, no tiene otro uso, jamás ha tenido otro destino, y finalmente, yo considero que esa construcción, de un valor intrínseco insignificante, debe considerarse como un accesorio de la biblioteca. ¿Qué valen las cuatro paredes comparadas con las preciosidades bibliográficas que encierran? Repito que la casa es mía.

— Pues, señor, nosotros no lo entendemos así, replicaron los albaceas.

— En ese caso habrá pleito.

Dicho y hecho. El abogado del baron M. Heudlé presenta con suma habilidad esta pretension que M. Colmet de Aage, abogado de la parte contraria, rechaza irónicamente.

— Y no nos contentamos, exclama en el calor de la réplica, con que pierda el pleito el baron, sino que pedimos por daños y perjuicios la suma de 4,000 francos.

Hé ahí el reverso de la medalla.

El fundamento de esta demanda de daños y perjuicios es notable. Dícese que los libros, que el legatario no ha querido recoger, han debido guardarse, y que el portero, que cobraba por esto 150 francos mensuales, ha gastado además dos mil y tantos francos en alumbrado, etc. Aunque un portero de París es capaz de todo, creemos que el guardián de los libros ha abierto la mano en demasia para esto de hacer gastos injustificados.

Sea como quiera, el señor baron no tendrá la casa y el guardián no recibirá más de 800 francos.

A propósito de herencias diremos que no ha tenido suerte la de la colección de manuscritos de Walter Scott, preciosidad literaria que habría debido conservarse religiosamente en vez de sacarse a subasta como se ha hecho. Verdad es que el producto ha sido grande relativamente; pero de todas maneras, los sucesores se han desprendido de un tesoro literario, que diseminado como lo está hoy, ha perdido gran parte de su mérito y aun de su valor intrínseco.

Esta almoneda se ha hecho en Londres en casa de los señores Christie y Masson, habiéndose subastado los autógrafos originales de las siguientes obras del celebre novelista, por los precios que a continuación se expresan:

El de «Quintin Durward,» rematado en 142 libras esterlinas. — «The Abbas, en 50 lib. est. — «Las Crónicas de la Canongate,» en 51 idem. — «Woodstock,» en 120 id. — «The Betrotheds» y «el Talisman,» en 147 id. — «Saint-Renan's Well,» en 119. — «La vision de Don Rodrigo,» «El campo de batalla de Waterloo» y varias otras poesías, 57 idem. — «La vida de Napoleón Bonaparte,» 69 idem. — «Los cuentos de las Cruzadas,» 40 idem. — «Perevis of the Peak,» 26 idem. — «El Pirata,» 27 idem. — «Ivanhoe, la novia de Lammenoor y Montrose,» 21 idem. — «The Tales of a grand father,» 100 idem. — Toda la venta ejecutada por orden de los herederos del poeta, ha producido 1,073 libras esterlinas.

Ya que hablamos de preciosidades literarias, no podemos pasar en silencio que la literatura y la biografía están estos días de enhorabuena por el inesperado descubrimiento hecho de un poema inédito de Milton. Es debido el hallazgo a M. Morley, quien lo cuenta en los términos siguientes: «Hojeando las páginas de la colección de poemas latinos é ingleses, edición de 1645, en el departamento de la Biblioteca donado por Jorge III y Jorge IV, encontré al final de la página 27 un manuscrito en tres columnas de letra muy metida, la que reconocí ser de mano del gran poeta.» Sigue la enumeración de las pruebas en que se funda la creencia de ser los versos encontrados producción de Milton, opinión en la que han convenido otros eruditos, pero que aun se halla sometida a jurisdicción de la crítica.

Diferentes veces hemos hablado en estas crónicas de los progresos que bajo diferentes formas está haciendo en Francia la instrucción pública: cuestión es esta que consideramos del más alto interés, y por eso no desperdiciamos las ocasiones de señalar cuantas noticias y datos de verdadera importancia se relacionan con ella.

Hoy tenemos a la vista un documento digno de análisis, y es la Estadística de los cursos de adultos referente al año 1867-1868, que acaba de publicar el ministro del ramo, donde se observa día por día, digámoslo así, el adelanto de la instrucción primaria en Francia.

Nada más elocuente que los guarismos: limitémonos pues a señalar algunos para dar a conocer con toda exactitud estos progresos que tanto interesan a la ilustración de las naciones.

Durante el último invierno se han abierto en 26,193 pueblos 27,902 cursos de adultos para los hombres, y en 4,084 pueblos 4,429 cursos adultos para las mujeres.

El número de alumnos que han frecuentado los cursos de adultos en todo ese invierno se ha elevado a la cifra total de 779,373, de ellos 684,092 hombres y 95,281 mujeres.

De esta gran cantidad de personas que han frecuentado los cursos de adultos, la mitad cuando menos no sabían absolutamente nada, ó no poseían sino muy a la ligera los conocimientos elementales que se adquieren en la primera edad; y apenas entre tanta gente se cuentan 17,798 individuos de ambos sexos que no hayan aprovechado debidamente la enseñanza de la clase.

En estos guarismos no se halla comprendida la Argelia, donde se han abierto también 82 cursos de adultos para los hombres y veinte y dos para las mujeres, habiendo ha-

bido un total de alumnos de 2,548 hombres y 274 mujeres. Del documento oficial a que nos referimos resulta que si se compara la estadística de 1868 con las que se han publicado desde hace treinta y cinco años, se observa que en 1833, época en que la instrucción primaria se organizó en todos los pueblos de Francia, la proporción de los quintos que no sabían leer era de 48,83 por ciento, y en 1853 era todavía de 34,39 por ciento. Por consiguiente, en veinte años se ha hecho un progreso de 14,44 por ciento.

Los cursos de adultos se van completando poco a poco con bibliotecas escolares, en las cuales figuran libros útiles tanto para el hogar doméstico como para las faenas campestres.

En suma, el gobierno y los particulares trabajan de consumo para elevar a la Francia a la categoría de las naciones donde menos deje que desear la instrucción de las masas.

Concluamos con cuatro palabras acerca de los teatros.

Faure y la Nilson se encuentran ya en París, y por consiguiente, pronto se anunciará la continuación de las representaciones de *Hamlet*, que, a pesar del calor, atraerán espectadores a la Grande Opera. Entre tanto se alterna con *Herculano* y el *Trovador*, habiéndose estrenado en esta última ópera la Julia Hisson, cantante que ha gustado más que por su voz por su sentimiento dramático. Dícese que se va a poner en estudio el *Fausto*, de Gounod, cantado por los principales artistas de la compañía: la Nilson y la Battu y Faure y Collin, pero no creemos que el Teatro Lírico ceda fácilmente sus derechos sobre una ópera que produce todavía tan buenas entradas.

Los periódicos musicales hablan ya de los ajustes hechos por M. Bagier para la próxima temporada, y entre otros nombres se citan los de la Patti, Krauss, Irma de Murska, Grossi, etc., y los de Tamberlick, Nicolini, Fraschini, Delle-Sedie, Verger y Steller. También se dice que M. Bagier hace grandes esfuerzos para que la Alboni vuelva al teatro de sus triunfos, y que tiene esperanzas de conseguirlo: esta sería una gran noticia para los dilettantis. De todos modos, la compañía cuenta ya con artistas muy notables, y a su debido tiempo daremos la lista y el programa.

La semana última dijimos que Alejandro Dumas, hijo, preparaba una pieza para el Gimnasio, y hoy añadiremos que casi al mismo tiempo se presentarán en diversos teatros las producciones siguientes: una de Jorge Sand, otra de Victoriano Sardou, otra de Teodoro Barriere y otra de Octavio Feuillet, todas en tres ó cinco actos. No falta en esta lista más que Emilio Augier, quien seguramente no se dormirá en sus laureles.

Entre tanto el ya citado teatro del Gimnasio acaba de poner en escena una comedia de circunstancias con este título: *el Muro de la vida privada*. Para la debida inteligencia de los lectores de este periódico literario, advertiremos que en la nueva ley sobre la prensa votada y promulgada este año, hay un severo artículo contra los escritores que no respeten la vida privada, artículo defendido vigorosamente por el diputado M. Guilloutet, y que era muy natural inspirarse a los autores dramáticos.

Se trata en esta comedia de un marido que engaña a su mujer, y hace gala de ello por todas partes, tanto más cuanto ahora no teme ya las indiscreciones de los diarios.

Pero un amigo caritativo le dice que siempre que en los periódicos se *saca* a relucir un personaje con nombre supuesto en la sección de la chismografía, se refieren a él y repite esto mismo a su esposa, quien para vengarse funda la sociedad preservativa de las señoras, a cuyo beneficio echarán abajo el muro que ampara la mala conducta de los maridos volubles.

Largo sería contar las tribulaciones del de esta comedia; pero el hecho es que al cabo de ellas vuelve a encontrar la paz doméstica, y se promete a sí mismo no acordarse de que existe en la nueva ley semejante artículo. Los artistas del Gimnasio interpretan con una gracia sin igual esta chistosa comedia.

MARIANO URRABIETA.

### Las nuevas galerías del Louvre.

El Louvre, que en el lujo de sus construcciones, había dejado para lo último la escalera que debía servir de entrada a sus museos, ha concluido por abrir al público una entrada verdaderamente monumental y digna de tan grandioso edificio. Del pabellón Denon se penetra a una galería del piso bajo alumbrada por grandes ventanas, adornadas con Hermés en sus huecos, y bajo una inmensa bóveda que tiene cuatro arcos están las escaleras, una magnífica, que es la de honor, por la cual se llega al primer piso donde están las galerías del museo, y la otra doble que baja a la derecha y a la izquierda a las galerías de antigüedades. Bajo las bóvedas de la escalera de abajo hay cañas de columnas antiguas, sepulcros, urnas de mármol y restos preciosos del arte griego. Esta disposición no parece ser definitiva. De aquí se pasa a las galerías iconográficas de los emperadores romanos, organizadas con tanto gusto como ciencia arqueológica. Esta rica y soberbia colección reclamaba todos los cuidados de la administración y de los conservadores, y con efecto, rigurosamente se ha observado el orden cronológico en las numerosas salas que la contienen. *Ab jove principium*: la colección

empieza por Augusto, el primer emperador rodeado de los miembros de su familia y esta dilatada serie de emperadores llega hasta los *Augustos* del bajo imperio; cada uno de estos bustos se halla sobre una base de mármol de diversos colores que ofrece en letras de oro el nombre del soberano. El efecto de este pueblo de mármol, de estos soberanos de Roma y de Constantinopla es magnífico; pero verdaderamente los salones están muy recargados de ornatos de oro y azul; los techos de M. Matou que recuerdan los frescos de Romanelli en la galería Mazarina son demasiado luminosos.

Dos palabras ahora acerca de la iconografía, palabras generales que no se dirigen precisamente a las atribuciones de los conservadores del Louvre.

Los retratos de los emperadores son auténticos en su mayor parte; pero se han cometido singulares errores en este capítulo de la iconografía romana. En París es clásico el hermoso busto de Vitelio que se da a dibujar en las escuelas, y los sabios encuentran bajo esa máscara al hombre disoluto de una voracidad brutal cuyo acto más notable en su reinado de ocho meses fué descubrir un plato monstruoso. Muy bien, pero a todo esto hay una observación que hacer y es que ese famoso Vitelio es del siglo XVI. Mas los iconógrafos no reparan en tan poca cosa. Sin embargo, cuando una estatua ó un busto no se muestran con una inscripción incontestable, y no nos dan un punto de comparación bien determinado, parecemos que lo más prudente sería abstenerse de toda atribución, pero la iconografía tiene horror a lo desconocido. Así es que con la mayor facilidad afirma las semejanzas, de cuyo modo todo lo que se desentierra es notabilísimo.

¿Cuántos vecinos de Roma de oscura condición cuyos bustos se han descubierto en las excavaciones de los palacios Pamfili y Borghese, han venido a ser Flaminius y Escipiones! con la plebe divinizada se hacen dioses y héroes de la historia.

A principios de este siglo se encontró una hermosa cabeza de bronce en las excavaciones de Herculano, y al instante se nos dice: Hé aquí un Anibal. ¿Hay alguna medalla que represente al general cartaginés? No. ¿Hay un busto? Tampoco. ¿Hay una piedra grabada? Sí, pero es falsa. Ahora bien, todo el razonamiento se apoya en que las mismas excavaciones han dado de sí una cabeza de bronce de Escipion el Africano. Naturalmente la otra debía ser de Anibal, jamás van separadas. Escipion y Anibal son dos rivales tan unidos como dedos de la mano: son los Orestes y Pilades de la enemistad. El que encuentra una cabeza de Escipion puede tener por seguro que la de Anibal anda cerca. Pero ese bronce ¿es con efecto el busto del Africano, el vencedor de Zama? No por cierto.

Una vez desenterraron cerca de Liternum una cabeza antigua, y como era este el lugar en donde se había retirado el Africano, la circunstancia bastó para que los anticuarios denominaran el busto. Evidentemente era el de Escipion. «Bien pensado,» como dice Figaro. Pero es el caso que hace unos treinta años se halló una cabeza de basalto verde que representaba al mismo personaje en una posada de Rambouillet donde servía de contrapeso a un asador, y por aquella cuenta se habría debido tomar por la cabeza de un cónsul romano que se había retirado a Rambouillet. Sin embargo, la historia no nombra a ninguno. El busto de basalto fué pues otro Escipion y ¿por qué? Porque ambos tienen una cicatriz en la frente. Ahora bien, lo que sabemos es que el Africano había recibido veinte y siete heridas salvando a su padre. Así lo dicen historiadores que escribieron tres siglos después de la muerte de Escipion; pero esto no es objeción, y además es probable que el héroe que se encontró en tantas batallas recibió muchas heridas... Mas hé aquí otro argumento: el busto de Liternum y el de Rambouillet representan a un hombre completamente calvo. Ahora bien, no era Escipion el Africano el que carecía de pelo, sino su tío Cneo Cornelio Calvo; el Africano llevaba una magnífica cabellera flotante. ¿Quién lo dice? Tito Livio. No le hace, vaya por Escipion, los iconógrafos que le han reconocido sin duda tienen sobre este punto mejores noticias que la misma familia del Africano. En la época de Tito Livio se habían perdido ya las tradiciones acerca del retrato verdadero del vencedor de Zama; Ciceron no admitía más que conjeturas sobre este punto, y hasta los mismos, Escipiones nietos del héroe se engañaban sobre la representación de su abuelo. ¡Y nosotros nos pronunciamos con toda certeza cuando tenemos delante las dudas de Tito Livio y Ciceron!

Tampoco es bien seguro que tengamos un mármol del mismo Ciceron. Existe un busto célebre que ha pertenecido a la familia Mattei de Roma y en el cual se leía debajo del pecho el nombre del famoso orador. Bien conocido es: tiene la cabeza erguida, la nariz larga, los labios apretados y no la falta la verruga en la nariz. Un Ciceron sin verruga sería como un Mirabeau sin hoyos de viruelas. Es con efecto, el tipo del orador, según los sabios, pues a ciencia cierta no sé yo cuál es el tipo del orador: Pitt era muy fino, Fox muy elegante, Mirabeau muy enérgico; Thiers no se parece a Berryer, el cual no se asemeja a Jules Favre; pero en fin, a una distancia de cerca de dos siglos no se repara tanto con el retrato de Ciceron; aceptémosle pues como verídico. Sin embargo, hay una medalla acuñada en Magensia donde están su retrato y su nombre, y aquí vemos a Ciceron muy ceñudo, con los labios gruesos y la nariz chata. Sin duda alguna el grabador y el estatuario no vieron al mismo hombre de la misma manera, ó quizás el sabio iconógrafo que dió a este busto el nombre de Ciceron, era un hombre sumamente ingenioso,



PARIS. — Nuevas galerías del museo del Louvre: El Salon de Antigüedades.

FICHOT



PARIS. — Nuevas galerías del museo del Louvre: el Salon de los Emperadores.

El ingenio es ante todo en las conjeturas iconográficas. El duque de Orleans, el Regente, era muy aficionado á las piedras grabadas, y un día le presentaron una amatista en la que se veía un retrato de hombre firmado por el grabador Dioscórides, que fué célebre en tiempo de Augusto.

La cabeza era hermosa y al Regente se le antojó que era un retrato de Mecenas. Ahora bien, desde aquel día cuantas piedras y mármoles se encuentran que ofrecen algún parecido con la famosa amatista, son otros tantos Mecenas.

Y es de advertir que este Mecenas había pasado durante largo tiempo por un Solon. ¿Y por qué? Porque una piedra análoga de la colección Farnesia llevaba su nombre.

Y sin embargo, lo cierto es que no era aquel el nombre del célebre ateniense, sino el de un grabador.

Hay errores muy graciosos: abramos una lista de grabadores en acero. Entre los artistas del siglo XVI encontramos un tal Rufin; pero cuidado, que no es un grabador, sino un perro, y hé aquí la explicación del error. En un precioso libro de caza del año 1772, con viñetas á la cabeza de cada página aparece el nombre de Rufin; el primero que le vió le tomó por el nombre del artista, pero el caso es que se había olvidado de leer estos dos versos que explican la viñeta y que se hallan al pié:

Hace buen tiempo, me decido al fin;  
Y ante mis ojos caza mi buen perro Rufin.

Todo el mundo padece equivocaciones, pasemos adelante. Volviendo á la iconografía diremos que no deben

creerse auténticos ni los retratos de los reyes de Roma, ni los de la mayor parte de los héroes de la república romana. ¡Ya nos contentaríamos con estar seguros de poseer un retrato de Virgilio. Pero ¡ay! es bien poca cosa la miniatura del Vaticano que quiere representar

mil cuatrocientos pesos. Al Estado le pareció que pagaba mucho por cada nuevo astro numerado en el cielo y redujo la suma á la mitad; pero entonces el astrónomo descubrió veinte y cuatro planetas anuales, y siempre ganaba lo mismo.



LAS DEMOLICIONES DE PARIS: El arco Colbert.

las facciones del poeta, y que segun las probabilidades es del IV siglo. Ni uno solo nos queda de aquellos bustos que constituían el ornato de las bibliotecas en tiempo de Calígula; tampoco tenemos busto ni retrato de Horacio: un pobre medallón acuñado para los juegos del Circo, mas de dos siglos despues de la muerte del poeta nos le representa de perfil, pero es difícil aceptarle como un retrato verdadero. En cuanto á esa cabeza clásica, con sus largas mechas de pelo, con su barba inculca, su boca sin dientes y sus ojos hundidos á la que han aplicado el nombre de Séneca, tomó esta denominación, dice Visconti, « porque se nota en ella esa especie de indolencia filosófica que tan propia parece de la última parte de la vida de Séneca. » No había otras razones para esto y hé ahí por qué nos hemos encontrado con ese retrato del filósofo. Visconti ha hecho muchas atribuciones iconográficas de esta naturaleza, y temo que su escuela haya formado alumnos mucho mas osados que el maestro. Nada es mas fácil que hallar semejanzas y arriesgar atribuciones. Los mármoles no hablan, por lo tanto no contradicen, y siempre parece bien aumentar la galería de los hombres eminentes.

Había en la China un astrónomo siempre con los ojos cubiertos bajo una visera verde. El gobierno chino le daba doscientos pesos por cada planeta que descubría, y nuestro hombre se ganaba al año dos

Por fin murió, le quitaron la visera y aquel día vieron á saber que el astrónomo era ciego.

H. V.

### Las demoliciones de Paris.

EL ARCO COLBERT.

El arco Colbert desaparece actualmente y vamos á consagrarle aquí un recuerdo, pues tiene su interés en la historia de la ciudad parisiense. La calle Colbert se llamó en otro tiempo calle Mazarino. Cuando la Biblioteca del cardenal fué trasportada al colegio de las Cuatro Naciones, á la que fué legada, la parte del palacio Mazarino que ocupaba, quedó vacía.

El duque de Nevers, heredero del cardenal, la cedió á la marquesa de Lambert, que mandó construir un palacio con dependencias, y echó sobre la calle Colbert un arco, sobre el cual habia salones donde se reunió la sociedad mas elegante del siglo XVII. Estas reuniones de la marquesa tuvieron mucha importancia. Cuando el rey quiso trasportar de Versalles su gabinete de medallas á la Biblioteca, pensaron en la habitacion de la marquesa de Lambert, y si bien por respeto á sus años desistieron entonces del proyecto, á su fallecimiento ocuparon su palacio, que trasformaron en un rico gabinete, adornado con pinturas de Boucher, Vanloo y Natoire. En 1741, la coleccion de medallas del rey tomaba posesion de esta magnífica galeria.

En la noche del 16 de febrero de 1804 un cochero se detenía debajo del arco, y por medio de una vara larga que llevaba á prevención subia y se introducía en el gabinete donde se apoderaba de una parte de las medallas.

El arco tenia ya su historia en el reinado de este robo célebre. Diez y seis años despues, el 13 de febrero de 1820, debía figurar de otro modo: allí fué preso Louvel despues de haber herido al duque de Berry cerca de la puerta de la Opera; un mozo de café detuvo al asesino debajo del arco. Desde entonces no se habló mas del arco Colbert. Le hemos visto mucho tiempo como si amenazara ruina, y en sus muros habia un puestecillo de libros viejos. Dentro de dos semanas el arco y los libros habrán desaparecido, y del palacio de la marquesa de Lambert no quedará mas que las dependencias que sucesivamente han habitado el ilustre abate Barthelemy y los conservadores de las medallas. Casita del siglo XVII oculta detrás de una alta pared, en la cual se abre una puerta cochera, especie de presbiterio de la arqueología.

M. S.

### Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

En el momento de salir, se apercibió que su esposa le observaba angustiada; se volvió todavía una vez hácia ella, le dirigió una sonrisa y salió del salon.

Cuando estuvo en su cuarto, sacó del bufete una elegante cajita y la llevó con la luz á un gabinete retirado. Allí estaba seguro de que nadie le estorbaria.

Cargó lentamente. Mientras lo practicaba, estuvo admirando el exquisito labrado de la culata. Esta era obra de un pobre diablo armero, y sus amigos la habian elogiado con frecuencia.

Aquellas pistolas eran regalo del general, que antes de su casamiento habia servido de padre á la huérfana con quien se habia desposado. Metió bruscamente la baqueta en el cañon y miró hácia atrás para colocarse de manera que no cayera sobre el pavimento.

No queria causar á las personas que entraran la terrible impresion que su antiguo camarada, tendido en el entarimado, le habia causado á él mismo.

Acercó el cañon á su sien. De pronto se oyó un grito agudo, y su esposa se precipitó en la habitacion cogiéndole el brazo con la fuerza de la desesperacion. El baron se estremeció, su dedo tocó el gatillo. Una súbita llamarada fué seguida de una explosion. Cayó sobre el sofá y llevó gimiendo las dos manos á los ojos.

En casa de Ehrenthal, el desgraciado padre salió del aposento donde descansaba el cadáver de su hijo, con una bugia en la mano, y bajó la escalera para ir á su escritorio. Lleno de angustia registró con la luz el bufete, el armario y todos los rincones de la habitacion; se sentó, sacudió la cabeza entregado á un estupor sombrío, luego cerró cuidadosamente su despacho, volvió á subir, y cayó gritando y sollozando á la cabecera de

la cama. Asi pasó toda la noche, buscando y gimiendo. Herido en su mas cara afeccion, se sentia quebrantado, anonadado, arruinado.

### VIII.

En la casa de Schroeeter la vida habia recobrado su curso natural. El inusitado movimiento que habia causado la llegada de Antonio se desvaneció insensiblemente. El magnífico menaje salido del armario de nogal habia sido sustituido por otro, que por muy notable que fuese era inferior y despertaba menos escrúpulos en la tia de Sabina.

La parienta habia pronosticado con razon que Antonio no se apercibiria en manera alguna del triunfo secreto del espíritu tranquilo sobre el agradecimiento apasionado.

Un solo cambio se habia conservado, el mas grande y glorioso: el habitante de la parte retirada del edificio conservó un puesto privilegiado en el corazon de la jóven soberana de la casa, y el interesante rostro de nuestro héroe continuó apareciéndose con frecuencia entre las imágenes que Sabina congregaba en derredor suyo al lado de su canastillo de labor y en la *tesorería*, su precioso gabinete de la ropa blanca.

En este día se paseaba agitada por su cuarto antes de ir á comer. La parienta, que estaba al corriente de todo lo que ocurría, acababa de participarle que una doncella de casa de Ehrenthal habia ido corriendo al escritorio para hacer saber á Antonio del fallecimiento de Bernardo.

¿Cómo soportará esta triste nueva? se preguntó á sí misma Sabina por lo bajo, y al nombre de Ehrenthal se trasportó á tiempos pasados. Pensó en una persona que residia muy lejos de su lado, y recordó el momento en que la indecisa agitacion de su alma habia cesado á consecuencia de una carta escrita por una persona de la familia del difunto Bernardo, estando además Antonio instruido de aquel combatido sentimiento.

¿Cuántas veces habia conocido en sus inquietas miradas y en sus delicadas palabras que aquella lucha no le habia pasado desapercibida! ¿Cuántos miramientos le debía y cuántas veces como galante caballero habia acudido en su auxilio por el sesgo que habia sabido dar á la conversacion! ¿Estaba segura de que despues de haber luchado valerosamente habia conseguido triunfar de una locura de su juventud?

— No, él no sabe nada; ve siempre en mí la débil jóven que al salir de la infancia, cedió al primer impulso de su corazon.

Se detuvo delante de la jardinera que tenia en la habitacion.

— En este mismo sitio fué donde la casualidad le descubrió lo que experimentaba entonces. Hoy todavía el pasado se levanta entre los dos como una nube sombría. Por todas partes veo á mi lado la sombra del que está ausente: cuando por la noche estoy sentada cerca de Wohlfart, cuando me saluda y me habla, su tono y su apostura dicen siempre: No está sola, él está á su lado.

Se estremeció y puso suavemente la mano sobre el verde follaje, como para rechazar el pensamiento que la atormentaba. No podia afirmar que se veia enteramente libre de la antigua pena encerrada en su corazon; pero hoy que Antonio habia perdido un amigo desinteresado, ella debía mostrarle que habia otras personas con cuyo aprecio podia contar. Preocupada por este pensamiento, buscaba un medio para hablarle á solas.

El criado vino á avisarla que la aguardaban para comer. Antonio se presentó al mismo tiempo que los demás empleados en el escritorio y se sentó en seguida en su sitio. No habia pues medio ninguno de hablarle antes de sentarse á la mesa; pero él la miró con un aire tan triste, que la jóven no pudo menos de hacerle una demostracion amistosa.

— No come nada, dijo la parienta á Sabina por lo bajo, ni aun prueba el asado, insistió con aire de reproche.

Sabina estuvo muy inquieta y se sintió disgustada. Al terminar la comida, Antonio saldria tambien del comedor y no le volveria á ver hasta el día siguiente. Habiéndose levantado M. Jordan, se dirigió Sabina á aquel en estos términos:

— La gran cala (1) se ha abierto; últimamente tuvisteis el gusto de ver el capullo; no os vayais todavía y os la enseñaré.

Antonio se inclinó y permaneció en su sitio. Al fin despues de algunos minutos, M. Schroeeter se levantó y Sabina condujo á Antonio á su aposento, delante de la jardinera.

— Habis recibido hoy una dolorosa nueva, dijo con la mayor dulzura posible.

— El mensaje no me ha sorprendido, contestó Antonio. El médico no daba ninguna esperanza. Pero su pérdida me causa mucho pesar.

— Yo no le habia visto jamás, dijo Sabina, pero habiais indicado que arrastraba una vida retirada, pobre de alegría y de amor.

Adelantó una silla á Antonio, y le obligó á hablar del difunto. Le escuchó con vivo interés, le interrogó con delicadeza y procuró consolarle de una manera afectuosa. Era una necesidad para Antonio hablar de su

amigo, y pintó á Sabina, con elegancia, la vida tranquila de Bernardo, su erudicion y el entusiasmo de sus sentimientos.

Despues de una pausa miró á Antonio con candidez y le preguntó:

— ¿Habis tenido noticias de Fink?

Era esta la primera vez que despues de la partida de Fink pronunciaba este nombre en presencia de Antonio, que se sintió conmovido por la confianza que le demostraba informándose precisamente en aquel momento del amigo predilecto de su corazon. En su turbacion cogió la mano que Sabina tenia apoyada en la jardinera. Ella la retiró lentamente y bajó los ojos; pero en seguida le miró de nuevo y le sonrió amistosamente.

— No es feliz en su nuevo género de vida, dijo Antonio gravemente. Su última carta es muy triste. Esto me hace creer, mas aun de lo que indican sus palabras, que muchas cosas están allí de otra manera que él pensaba. Los negocios en que la muerte de su tío le ha metido no le placen.

— ¿No son dignos de él! exclamó vivamente Sabina.

— A lo menos no son de esos que aquí en vuestra casa se califican de honrosos, contestó Antonio. Fink piensa con demasiada nobleza y ha vivido mucho tiempo al lado de vuestro hermano para tomar gusto á las ruines especulaciones que son bastante frecuentes en aquel país. Sus socios son en gran parte hombres de poca conciencia, y su alma se rebela al encontrarse en contacto con ellos.

— Y ¿cómo M. de Fink mantiene un solo día esas desagradables relaciones? Es muy extraño que él, que sabe imponer su voluntad á los demás con tanta firmeza, y que está tan poco dispuesto á sufrir la menor contrariedad de parte de los extraños, tenga sin embargo, ahora las manos atadas de ese modo.

— Todo el mecanismo de esas especulaciones está tan sólidamente organizado en América, que un socio solo puede influir muy poco para verificar un cambio. Así es, que aunque Fink haya llegado al término de sus deseos y disponga de grandes cantidades y de terrenos de algunas millas cuadradas de extension, su posicion está ahora menos asegurada que nunca. Siempre ha tenido inclinacion á pensar mal de sus semejantes; y ahora me alarma el tono de profundo desprecio con que habla de su propia existencia. Su última carta pintaba la situacion como insostenible y hacia temer alguna violenta resolucion.

— No le queda mas que un partido que tomar, exclamó Sabina. ¿Puedo esperar que me digais lo que le habeis contestado?

— Yo le exijo que se desentienda de esos negocios á cualquier precio. Con una firme voluntad encontrará muy bien los medios de salir del atolladero, aun cuando el expediente que le he propuesto no sea realizable, y le he rogado al mismo tiempo que ponga en planta su antiguo proyecto y sea un verdadero propietario rentista en América, ó bien se vuelva á vivir entre nosotros.

— Ya sabia yo que esto era lo único que podiais aconsejarle, dijo Sabina respirando mas libremente. Sí, que vuelva, Wohlfart, repitió mas bajo, pero que no vuelva á nuestra casa.

Antonio permaneció silencioso.

— ¿Y creéis que M. Fink seguirá vuestros consejos?

— Lo ignoro, contestó Antonio lentamente; mi consejo no tenia nada de americano.

— Pero el consejo es tal como debiais dárselo, dijo Sabina con una expresion de alegría y orgullo.

En este momento un criado vino á interrumpir su conversacion.

— Un oficial, dijo, desea hablar á M. Wohlfart.

Antonio se levantó en seguida; Sabina se acercó á las flores y se inclinó tristemente sobre el verde follaje. La sombra del ausente se interponia todavía entre ella y Antonio.

Las palabras pronunciadas rápidamente por el criado inspiraron á Antonio un vago temor. Al salir á la antecámara, encontró en ella á Eugenio de Rothsattel. Antonio se adelantó para hacer un cordial recibimiento al jóven oficial, pero á la vista de su rostro demudado, retrocedió lleno de espanto.

Eugenio, como perseguido por los remordimientos de su conciencia, dijo con voz apenas inteligible:

— Mi madre desea hablaros; ha tenido lugar en casa un horrible suceso.

Antonio tomó el sombrero, corrió al escritorio, rogó á M. Baumann que le disculpara con el principal y acompañó al teniente á la morada del baron. Eugenio desconcertado, anonadado, iba al lado de Antonio, y su conversacion era truncada é incoherente.

— Mi padre se hirió ayer pensadamente con un arma de fuego. Un propio á caballo fué á buscarme á toda prisa donde estaba el regimiento de guarnicion. A mi arribo, he encontrado á mi madre sin sentido, permaneciendo mas de una hora desmayada. Mi hermana y yo no sabemos qué hacer. Leonor ha rogado de rodillas á mi madre que os enviara á buscar. Sois la única persona en quien, en nuestra desgracia, tenemos confianza... Yo nada entiendo de negocios, pero á no dudarlo mi padre debe encontrarse en una posicion muy crítica. En cuanto á mi madre, está fuera de sí. Todo en casa se halla en el mayor desorden.

(Se continuará.)

(1) Planta herbácea de la familia de las aroides.



PERIODICO DE LAS NOVEDADES ELEGANTES, DESTINADO A LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS

FIGURINES DE MODAS ILUMINADOS. — PATRONES. — CRONICAS DE LA MODA. — MODELOS DE TRAJES. — LABORES A LA AGUJA, TAPICERIAS, CROCHETS, BORDADOS, TOCADOS, ETC.

Crónica de la Moda.

**SUMARIO.** — Actividad continua de las modistas parisienses. — Luchas mundanas en los establecimientos de baños. — Colección de trajes elegantes hechos para Baden. — Indiscreciones que hay que cometer para penetrar los secretos de la moda. — Los bordados de flores de color sobre las telas de lana. — La tela mejicana. — Las dos formas de los vestidos de lana bordados. — Trajes de tela cruda y de muselina. — La enagua sultana. — Los trajes de una bañista. — Los recogidos Luis XV. — Los vestidos trianon. — Confecciones de encajes. — Otros modelos de confecciones. — El lujo en la ropa blanca. — Los sombreros á la orden del día.

Las modistas parisienses no descansan. La estación de verano, aunque es nula en Paris en cuanto á bailes y reuniones, no lo es por cierto en todos los puntos de baños, donde rivalizan las aristocracias de Europa, y bajo este concepto es preciso aumentar la elegancia de los vestidos y la variedad de los adornos para que Paris salga triunfante en esta lucha mundana.

La temporada de Baden comienza á estar en su auge, y en la última semana hemos visto distintos trajes á cual mas lujosos, destinados á varias señoras que se encaminan á ese sitio privilegiado.

En primer lugar citaremos un precioso traje de tafetan gris compuesto con una falda recogida unida al cuerpo alto

con pliegues Luis XV. Este corte es sumamente gracioso. La falda de cola es lisa y la otra está recogida con un adorno de tafetan gris orlado de azul.

El borde de la falda está adornado con una doble ruche orlada de azul, y hay lazos del mismo estilo colocados en escala sobre los pliegues Luis XV.

Las mangas lisas llevan un adorno adecuado. A cada lado de la falda recogida hay gruesos lazos.

Los cuerpos, dispuestos de este modo, forman una casa Watteau que suele hacerse de gasa rayada. La segunda falda está abierta por delante y la otra llega hasta el suelo.

Otro vestido es de tafetan glaseado capuchina y gris; el matiz es adecuado al de la pequeña falda de encima

que se hace de raso capuchina, estilo Camargo, y está recogida sobre una falda de cola guarnecida de blonda blanca.

Al borde de la falda larga hay un grueso ruló de raso capuchina, y sobre el cuerpo se ve un adorno de blonda y de raso.

En esta colección de trajes había dos de tul blanco. La falda de debajo estaba guarnecida de bullones cubiertos con una segunda falda lisa recogida á cada lado con ramilletes de flores silvestres; cuerpo escotado y abullonado. Completaba el traje una esclavina abate prendida con una guirnalda de flores.

El segundo vestido de tul tenía una falda interior guarnecida con tres volantes plegados lisos. En el cuerpo se veían unas alas diminutas á la altura de los hombros, y el cinturón de tul estaba prendido con un ramillete de capullos de rosa.

En el día, como hemos dicho ya, casi es preciso cometer indiscreciones para ponerse al corriente de las últimas novedades, pues todo cuanto se hace en Paris es para fuera, y en los obradores de las modistas de fama no se penetra fácilmente.

Entre los caprichos mas en boga, debemos colocar en primera línea los bordados de flores de color sobre toda clase de tela, y particularmente, sobre telas de lana: esta es la gran novedad de 1868.

La mas nueva de todas, llamada *tela mejicana*, es una mezcla de lana y seda bastante gruesa. Sobre esta tela se bordan en lana y seda guirnaldas un tanto macizas, que dan á estos trajes cierto aire oriental.

En la actualidad



Nº 1. Trajes de niños.

se hacen varios bordados para la emperatriz Eugenia. Evidentemente, los bordados sobre lana blanca son los mas bonitos.

Aunque la mezcla de los colores produzca mucho efecto, algunas señoras que son aficionadas á la sencillez prefieren sus bordados de un solo tono con arabescos.

El negro está muy bien; las jóvenes prefieren el coral sobre blanco y el azul sobre blanco.

Este traje no admite mas que dos formas: una primera enagua con bordado en el bajo dispuesto en forma de guirnalda ligera, y otra falda mucho mas hueca y recogida con lazos de lana muy fina, que se fabrican expresamente para este uso. El cuerpo está fruncido ligeramente por la espalda y por delante, y las mangas son lisas y sin otro adorno que un bordado por abajo.

Un cinturón de lana con una franja sencilla se anuda por detrás dejando caer sus largas puntas. La otra forma lleva la misma enagua, pero en lugar de la falda hueca tiene una polaca.

Esta polaca está bordada al rededor y sobre el lado que cruza por encima. El cinturón es el mismo.

Todo esto puede imitarse de un modo menos costoso; pero estas dos formas constituyen el tipo de lo que se ha adoptado generalmente para los baños de mar y para el campo.

Cuando se deja la lana por la tela de hilo ó la muselina, la hechura cambia mucho.

Los vestidos de tela cruda, que están muy en moda, se sostendrán por la gran ventaja de que se lavan fácilmente.

En su adorno no entra ningun elemento extraño: no hay otra cosa que el gran volante María Antonieta de pliegues planos inclinados al mismo lado y que terminan la primera falda que es siempre corta.

Estos pliegues se hacen con la plancha, y así es que



1



2

Nº 2. Dos modelos de cuerpos y peinados.

estos vestidos parecen siempre nuevos despues del lavado.

El traje se hace algo mas elegante substituyendo á la enagua ordinaria una enagua sultana de color vivo.

Nada mas gracioso que esta enagua con los trajes llamados Manon Lescot.

La sultana rayada constituye el fondo del traje, una lanilla ligera compone las túnicas y la sultana reaparece bajo la forma de un cuerpo alto.

Estos cuerpos son sumamente variados en su corte y en sus adornos.

Los unos escotados en forma cuadrada, conviene á las jóvenes, y los otros escotados solo delante, á la bretona, son muy cómodos para el campo.

En cuanto á la muselina con viso de color es siempre lo mas elegante, y no hay señora que en los puntos de baños no lleve vestido de muselina.

Sabido es que en estos sitios se necesita una buena coleccion de trajes.

Al levantarse por la mañana (la aurora de las parisienses comienza á las ocho ó las nueve) se necesita un bonito peinador antes de ir á respirar el aire matutino y perfumado del campo.

Y en efecto, ¿quién se atreveria á sostener que el aire campestre es menos agradable con un peinador de forma graciosa?

Despues del almuerzo, si el tiempo lo permite, se cambia el peinador por un traje Watteau de muselina blanca ó de barés, poco importa el género, con tal que sea vaporoso y ligero.

Con este vestido se puede pasar la tarde, pero despues de la comida y antes de dar el paseo, hay que apresurarse á reemplazarle con un traje Luis XVI de cachemira, alpaca ó mohair, el cual se completa con la clásica manteleta á la paisana, manteleta que tiene una capucha con la que se cubre la cabeza si la temperatura así lo exige.

Y diciendo que hacen falta tres trajes cada dia, nos hemos encerrado en límites modestos; pues las señoras de gran tono tienen una série de vestidos mucho mas numerosa.

Tienen trajes Luis XVI de barés blanco ó negro con recogidos sobre visos de fular ó de tafetan de color claro. Estas primeras faldas de fular ó de tafetan están adornadas con volantes duquesa ó con ruches marquesa.

Luego tienen otros compuestos de una falda y una camiseta rusa de fular rayado y azul, ó blanco y encarnado, etc. etc., con adorno hueco de tafetan negro ó de color adecuado á las rayas. Un fichu María Antonieta completa armónicamente este traje.

Por último, en la coleccion debe haber por supuesto trajes de baile.

Con la moda actual de los recogidos Luis XV es muy fácil, mediante los lazos de raso, recoger graciosamente los grandes vestidos de encaje que tan en boga se hallan desde el último verano.

Esta nueva combinacion permite confeccionar trajes trianon de un lujo extraordinario. Basta representarse el efecto de un tontillo de encaje de Chantilly ó de punto de Inglaterra sobre un vestido corto de tafetan cereza, malva ó azul para formarse idea de la elegancia y riqueza de esta vestidura.

Estos son los trajes que se usan para comidas de etiqueta y soirées de verano.

Las confecciones de encaje están á la orden del dia; se hacen de mil maneras y siempre son tan bonitas que su gran éxito no debe sorprender á nadie.

Con unos cuantos volantes de Chantilly se hacen trajes todos de encajes y que forman vestido y confeccion á la vez. Con un ancho cinturón de raso ó de tafetan la vestidura está completa.

No es decir que todas las confecciones sean de encaje, tambien se hacen muchas de paño cachemira negro con varias costuras ligeramente cintradas.

Hemos visto una esclavina de corte muy nuevo completamente abierta y que enlaza sus largas carteras de un modo particular. Un hermosísimo encaje adorna la orla de esta prenda y una guirnalda bordada al pasado recorre el alto del encaje.

Toda la esclavina está adornada de encaje.

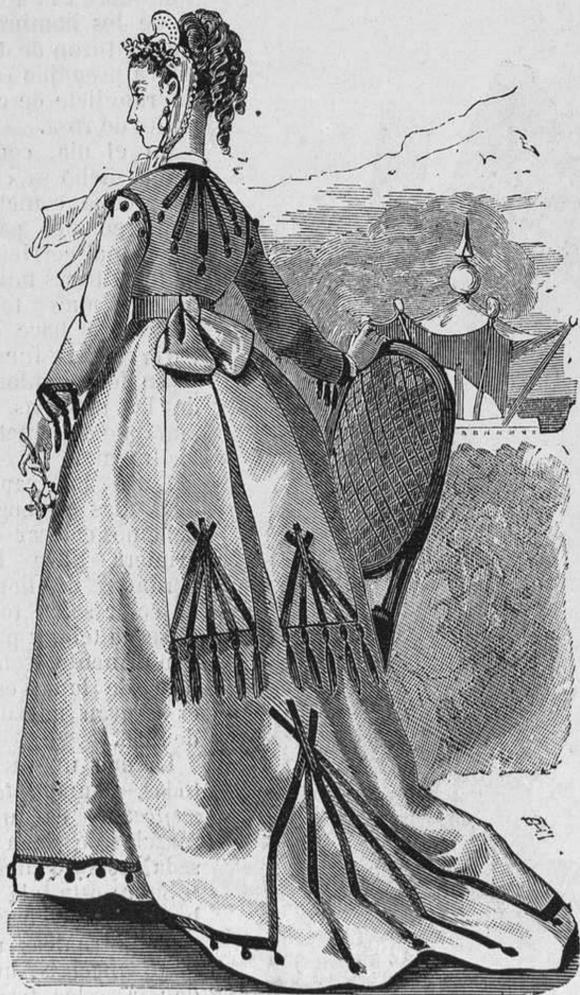
Otras confecciones ajustadas se hacen de encaje y á cada lado llevan un gran bolsillo adornado con una lujosa pasamanería en cada fleco. Sobre los hombros hay unas agujetas que caen sobre la espalda. Un gran cinturón extiende sus anchas puntas por detrás, y el bajo de estas puntas está redondeado y adornado con otra pasamanería como la de los bolsillos. Por último, en el bajo de esta confeccion y en las bocamangas hay un encaje.

Con los trajes del dia se lleva una ropa blanca muy fina y lujosa; y sobre todo de formas tan variadas que su descripcion es punto menos que imposible.

Sin embargo, hé aquí la enumeracion de algunos objetos que creemos interesarán á nuestras lectoras.

En primer lugar un traje de muselina bordada al plumetis que se recoge sobre una enagua de tafetan grosella adornada con un volante.

Unos gruesos lazos de cinta grosella entremezclados de puntilla de encaje negro recogen la muselina.



Nº 3. Traje de paseo.



Nº 4. Traje de campo.



Nº 5. Vestido para niño de seis á diez y ocho meses.

La esclavina lisa está adornada de encaje en su derredor, así como las bocamangas.

Hemos visto tambien peinadores de muselina doble, con guirnalda bordada al pasado sobre todas las costuras, y una basquiña cruzada con guirnalda bordada.

Un cinturón de grandes puntas de tafetan malva estrecha la basquiña en torno del talle.

Citaremos tambien los cuerpos de muselina clara adornados con entredos bordado y encaje formando un pequeño fichu. Sobre un lazo de cinta que baja hácia la garganta se ve una mariposa de encaje. Una hombrera de encaje adorna las sisas de las mangas.

Finalmente, se hacen igualmente esclavinas de encaje blanco por medio de bandas sobrepuestas con separación de guipure negra. En la espalda hay una roseta de raso cereza con mezcla de guipure negra y blanca que sube por las hileras de encaje. La esclavina, abierta hácia los hombros, baja en puntas redondas.

Las formas de sombreros no varían, excepto en los de campo, cuyas alas se ensanchan un poco, como es muy natural.

Se hacen de paja belga y de paja de arroz y su dimensión permite que se adornen con plumas largas.

El terciopelo figura tambien mucho en todos los adornos, sobre todo el terciopelo negro.

Las guirnaldas de flores entremezcladas producen un bonito efecto en estos sombreros.



Nº 6. Delantal para niño de diez y ocho meses á dos años.

El año último solamente los niños llevaban el sombrero anamita ó japonés, pequeño y achatado; pero este año le usan las señoras para el jardín y el campo.

Se adorna poniendo encima unas crucecitas de terciopelo negro y en medio un ramo de flores bastante voluminoso; es muy original y mucho mas gracioso de lo que resulta por esta descripción.

Para sombreros de vestir se continúa usando la *fanchon* lo mas angosta posible y con adorno de flores variadas y contrapuestas, como por ejemplo, flores de granado y reseda, laurel y margaritas de los campos, espigas y grosellas, etc. Estas mismas mezclas se encuentran en los tocados de baile y de soirée, pues ya hemos dicho que si no se baila en París, es porque las orquestas llaman á las bailarinas á las estaciones termales y á los casinos de las orillas del Océano.

JULIA.

Descripción de los dos figurines iluminados que acompañan á este número.

FIGURIN DE MODAS DE SEÑORAS.

El primer traje es de muselina blanca montado á gruesos pliegues que disminuyen hácia el talle, y que termina por abajo de la falda con un alto volante apenas fruncido y con un entredos encima del dobladillo. Este entredos aparece sobre un viso verde. El delantero de la falda está guarnecido con un delantal redondeado y plegado, que lleva por adorno un encaje y un entredos sobre cinta verde. El cuerpo es escotado y forma tambien gruesos pliegues. Las mangas cortas llevan un entredos y una puntilla de encaje. El cinturón es de tafetan verde. Tocado de álelles y guante de cabritilla.

El segundo traje es un vestido redondo de seda de verano color de cuello de paloma claro con mezcla de seda rayada color de castaña. La falda de encima es lisa y accidentada. El delantero es derecho; una doble



Nº 7. Traje de casino.

banda rayada guarnece el bajo, y otra forma berta sobre el cuerpo. El cinturón de la misma tela rayada pasa por encima. Este cinturón tiene largas puntas que bajan de los pliegues levantados y huecos de la falda lisa, cuyos lados, así como la parte de detrás, forman draperías. Cuerpo alto y mangas lisas. Cuello y mangas bordados. Tocado oscuro rojizo de flores de terciopelo y guante de cabritilla.

FIGURIN DE MODAS DE HOMBRES.

Nuestro figurin de modas de hombres es un resumen de los trajes mas elegantes de la temporada.

El primer personaje, que representa un hombre de treinta años visto por detrás, lleva un chaquetón de una tela de lana muy ligera, corta y derecha, en forma de saco.

Sobre el delantero no hay mas que una hilera de botones, y únicamente se cierra el de arriba.

El chaleco es de la misma tela, bastante largo, de corte derecho y con dos hileras de botones.

Pantalón mezclilla, de una anchura ordinaria y con banda.

Sigue un niño de siete ú ocho años con un traje de hilo color de mahón.

Este traje se compone de una blusa que cierra sobre el lado, y adornada con un ribete cosido llano al rededor; el cinturón que la sujeta al talle tiene igual ribete. Por supuesto que no lleva chaleco. El pantalón es ancho y corto, la forma que mejor sienta á los niños.

A su lado hay un joven de quince á diez y seis años, que tiene, como es natural, sus pretensiones de elegante.

Este joven lleva un chaquetón de paño americano negro cerrado alto y dejando ver unas solapas pequeñas. Es una prenda holgada, que con el chaleco igual y el pantalón blanco, forma el traje mas propio para la calorosa estación en que nos hallamos.

Por último, el cuarto personaje tiene un traje de campo que usan mucho los parisienses.

Es tambien un chaquetón, pero

sin cuello y sin solapas, que se sujeta por arriba con una presillita como las que se ponen en los vestidos de los niños.

Todo al rededor está respunteado á cierta distancia de los bordes, y lleva un bolsillito en el lado alto del pecho y otros bolsillos á los lados.

Chaleco largo, sin cuello igualmente, y cerrado á la altura del chaquetón.

Pantalón bastante ancho de piernas, con una doble costura sobre los lados y sin trabillas.

Trajes, tocados, labores y demás cuyos dibujos se intercalan en el texto.

Nº 4. Trajes de niños.



Nº 8. Saquito de niño (delantero.).

Nuestro grabado Nº 4 representa algunas muestras de las novedades destinadas á los niños este verano.

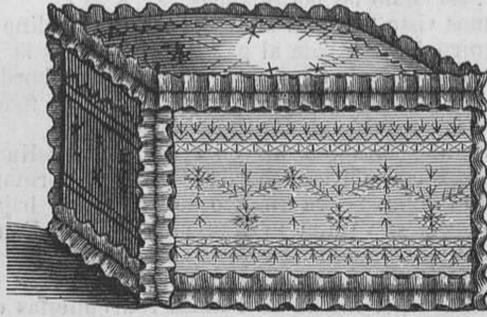


Nº 9. Saquito de niño (espalda.)

La primera figura á la derecha, niño de cinco años, viste de tela cruda. Pantalón corto y liso, y falda escocesa plegada. Camisa garibaldina ajustada, con tirantes suizos. Botas cortas, de cuero amarillo, y gorrita escocesa con pluma derecha al lado.

En medio hay una niña de seis á ocho años, con un vestido blanco de muselina, de falda rizada por abajo y de cuerpo plegado. Segunda falda de tafetan azul, formando anchas carteras sujetas por abajo con un lazo, con tirantes que sostiene el cinturón por medio de otro lazo. Botitas con reflejos dorados.

La otra niña, que tendrá de tres á cuatro años, lleva un vestido de fular gris claro, guarnecido por abajo con una ruche marquesa. Segunda falda lisa, recogida con lazos de tafetan cereza. Cuerpo escotado, de forma cuadrada, y ancho cinturón con largas puntas, de tafetan cereza.



Nº 10. Cofrecito-almohadilla para guardar joyas.

centímetros de anchura cada uno. Estos paños están plegados por arriba.

La manga se corta de un solo pedazo. Sobre el dobladillo de la falda se aplica el bordado de trencilla.

A cada lado del delantero y en torno del escote cuadrado, se pone un entredos de guipure, y entre la guipure y el piqué, se pasa una cinta de tafetan azul.

Otro entredos como este hay sobre la manga, guarnecida con una punta de encaje, que rodea también el escote encima del entredos.

Nº 6. Delantal para niño de diez y ocho meses á dos años.

Para hacer este delantal se emplea todo el ancho del lienzo crudo de 1 metro 10 centímetros de anchura; la pieza plana se compone de un delantero y de dos trozos pequeños para la espalda. Se corta doble, se borda en ella el dibujo de trencilla, con lana fina encarnada, y se rodea con un adornito ondulado, también de lana encarnada.

Los huecos de los brazos se cortan en el delantal y llevan el mismo adorno ondulado.

No hay que abrir el delantal para los dos bolsillos, sino que se aplican por fuera y se bordan de trencilla y se rodean con el mismo adorno ondulado. Encima del dobladillo de la orla del delantal hay otro bordado.

Nº 7. Traje de casino.

Con el Nº 7 damos el modelo de un traje que acaba de hacerse en París y que se llevará este verano en los casinos más célebres de Francia y de Alemania.

El vestido es de linó muy claro. La primera falda está adornada por abajo con un volante de 20 centímetros y una ruche marquesa, y la segunda, cuyo delantero forma delantal, es más larga por detrás, y está montada á pliegues menudos.

Un fichu tela argelina, guarnecido con un volante plegado y una pequeña ruche marquesa, se cruza sobre el pecho y recoge por detrás, formando un gran lazo, la segunda falda del vestido. Mangas de tul bordado y mitones de Chantilly. Sombrero redondo de paja de China, con una pluma blanca sobre el lado, con ramitos de flores de manzano y hojas de hiedra por delante.

Nºs 8 y 9. Saquito de niño.

Materiales: Para hacer un saquito del tamaño de nuestro modelo se necesitan 500 gr. de lana de Sajonia, 5 hilos blanca, 30 gr. de lana céfiro escarlata, y 30 gr. de lana de Sajonia 5 hilos negra. Se emplean agujas de hacer media Nº 12 y un crochet tunecino de un grueso correspondiente.

Este saquito se hace al crochet y á punto de media con pequeñas presillas de lana que asemejan el tejido á la felpilla de lana.

El fondo del saquito es blanco, y las presillas encarnadas están dispuestas en líneas sesgadas; por encima lleva bolsillos pequeños y una guarnición á punto de media de lana encarnada con ondas negras.

La guarnición de las mangas, del alrededor del cuello y de los bolsillos, se compone de una puntilla más estrecha que es también encarnada.

Damos una muestra del trabajo del tamaño natural.

Se empieza el saquito por su borde interior: se hace una cadeneta de 175 puntos con lana blanca y se hace una hilera al crochet tunecino ordinario. A la vuelta en la segunda hilera, después de cada tercer punto blanco, 5 puntos en el aire con lana encarnada; estos puntos deben formar las presillas cayendo al derecho de la labor.

Nº 2. Dos modelos de cuerpos y peinados.

Muchas señoras llevan en el verano con los cuerpos escotados fichus ó camisetitas, así como también mangas de muselina ó encaje. Nuestro grabado Nº 2 reproduce dos modelos.

Nº 1. El Nº 1 se aplica á un vestido Luis XVI. El cuerpo, sin mangas y escotado en forma cuadrada, está guarnecido con una ruche marquesa de pliegues Watteau que sobresalen bajo la ruche.

El alto de este cuerpo así como las mangas son de muselina blanca lisa.

En el peinado todo el cabello está levantado por delante y algunos ricitos muy ligeros caen sobre la frente. Rodete muy alto, compuesto de cuatro cocas y un lazo de rizados. Dos largos bucles, que llaman *arrepentimientos*, cuelgan sobre la espalda y completan este bonito peinado.

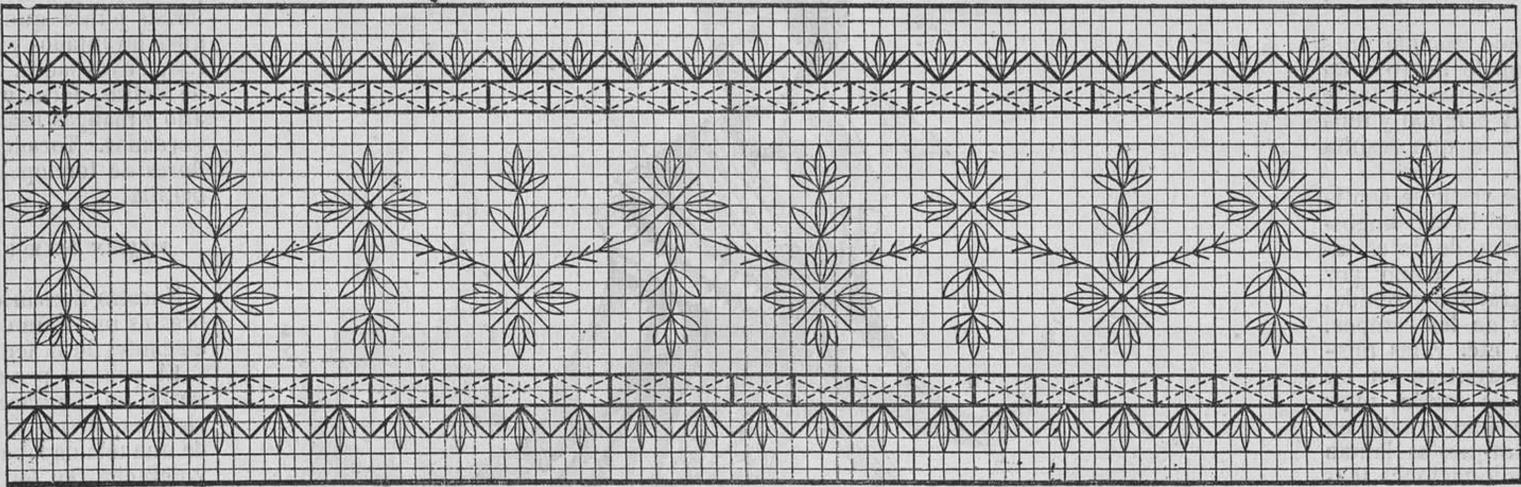
Nº 2. Como el precedente, el cuerpo de este vestido es sin mangas y escotado, pero las otras mangas son de tul bordado, y el fichu de encaje de Chantilly. Este fichu, de puntas angostas sujetas por detrás con el cinturón, está recogido por delante con lazos de cinta y forma drapería sobre los hombros.

El peinado forma por delante ondas muy acentuadas. Los cabellos están levantados sobre las sienas, á raiz derecha y ligeramente ondulados. El rodete, muy ancho y compuesto de ocho cocas, está rodeado con un grueso cordón de cabello. El adorno consiste en unas sartas de perlas de nacar en hilillo de plata. Diadema de flores de nacar y de plata.

Los trajes como este son muy sencillos y de un gracioso aspecto. Se hacen muchos del mismo modelo, en tela cruda para los baños de mar.

Nº 3. Vestido para niño de seis á diez y ocho meses.

Hé aquí el dibujo de un vestido de niño, que se hace de piqué-reps blanco. El delantero se corta en forma



Nº 11. Banda para el cofrecito-almohadilla.

de delantal y el cuerpo y la falda son de una sola pieza.

El delantero forma dos pedazos y está todo él bordado de trencilla. Los dos pedazos, cortados al sesgo, están reunidos en medio por una costura, sobre la cual se pone una hilera de botones cubiertos con la misma tela del vestido, que parece estar abierto por delante, pero que en realidad se abre por detrás; la abertura de delante no es más que figurada.

Para completar el cuerpo se cortan las piezas de los lados y la espalda.

La falda se completa con dos paños derechos de 80

Nº 3. Traje de paseo.

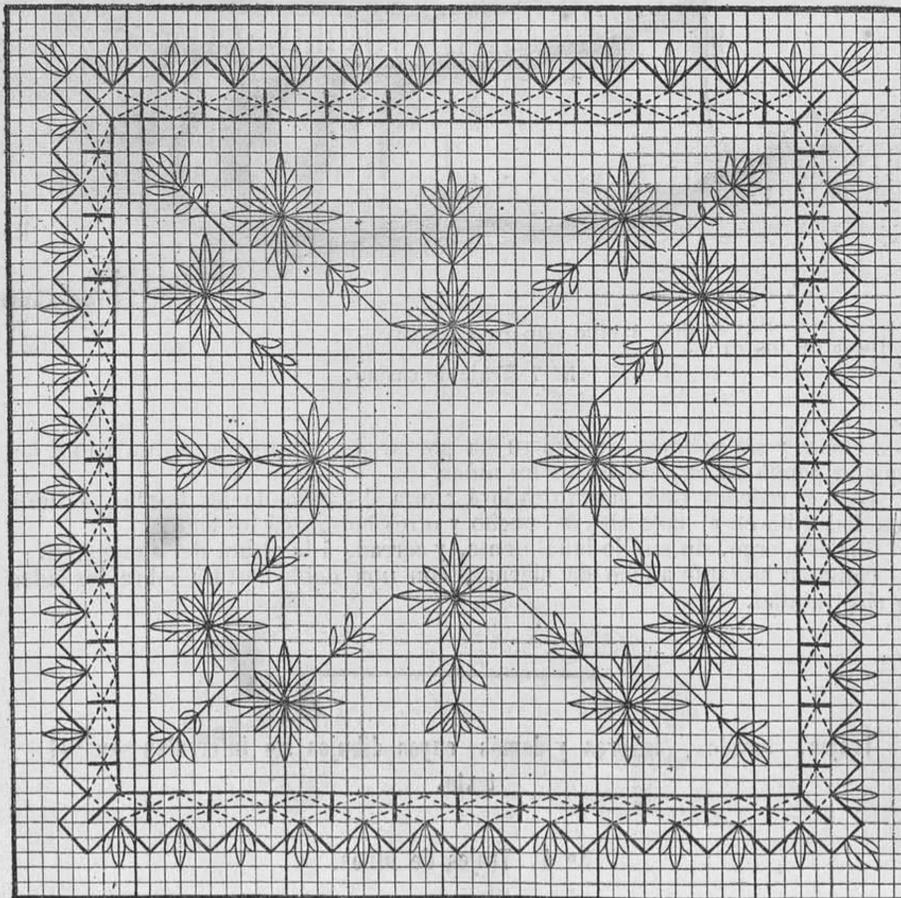
Con el Nº 3 reproducimos un traje, que aunque de color oscuro, se recomienda por su elegancia.

El vestido es de tafetan glaseado violeta y negro y está adornado con trenzas de pasamanería que rematan en bolas de raso. Cinturón largo con adorno que figura una franja. Sombrero de paja con ataderos de encaje y violetas en forma de diadema.

Este traje no exige confección; sin embargo, una sencilla rotonda de encaje graciosamente recogida por detrás con lazos de raso, le daría todavía más elegancia.

Nº 4. Traje de campo.

Con el Nº 4 damos un bonito modelo de traje para campo. Es un vestido de mohair color de paja. La primera falda es lisa y la segunda forma delantal, guarnecido con una ruche, y va recogida por detrás. Paletó guarnecido con una ruche en todo su contorno. Sombrero suizo de paja de arroz, adornado de terciopelo negro y ramillete de flores silvestres.



Nº 12. Tapa del cofrecito-almohadilla.

De esta manera se hacen alternativa-mente una hilera con presillas y otra sin ellas en líneas encontradas; el número de puntos debe ser el mismo, y las dos orillas deben continuarse derechas. A las veinte hileras, se reparten los puntos, para la espalda y los delanteros, 45 puntos á cada lado para los delanteros y 75 para la espalda, dejando 5 puntos de intermedio entre cada delantero y la espalda para las sisas. Los delanteros y la espalda se hacen desde esa división separadamente y á lo alto.

Se necesitan veinte hileras para la espalda y diez y ocho nada mas para los delanteros.

La espalda se termina en línea recta con 17 puntos. Delante se disminuye el número de puntos de las 7 últimas vueltas, sesgando hasta que quede á 8 puntos. Despues se reúnen los tres pedazos juntos, en una misma hilera, y á la vuelta se juntan los tres primeros y los tres últimos puntos del hombro, lo que forma gradualmente una costura calada sobre el hombro, la cual tendrá 13 agujeros.

Despues se hace una hilera todo al rededor con puntos dobles, con lana encarnada; despues otra hilera en el bajo solamente de este modo: se pasa 1 punto, 1 punto doble en el punto siguiente, se pasa 1 punto, 6 puntos altos y encima de la onda formada por los 6 puntos altos se hace una hilera de puntos dobles con lana negra; entre las ondas se hacen los puntos por encima de las dos hileras encarnadas para que los huecos sean bien pronunciados. Se continúa la misma guarnición de ondas por el delantero del saquito, pero poniéndolas de manera que el borde ondeado caiga sobre la cadeneta de la base.

Para formar la guarnición á punto de media que se cose debajo de la guarnición ondeada, se hacen 6 puntos con lana colorada 3 veces doble, y con las agujas de madera se trabaja del modo siguiente: 1 echado, 1 menguado al revés; repítase de este modo y en teniendo tres hileras se remata con una segunda guarnición ondeada, al crochet, sin olvidarse de las esquinas (véase el dibujo). En esta segunda guarnición las ondas son negras y ribeteadas de blanco. Al rededor del cuello una hilera de ondas blancas, con borde negro. El borde del otro lado de delante que se adapta por debajo tiene 3 hileras de puntos dobles encarnados y 1 hilera blanca; se cosen 5 botones blancos á 4 centímetros de distancia el uno del otro. La parte que viene encima de esta se compone de 1 hilera de puntos dobles, 1 de puntos altos y otra de puntos dobles, todo con lana blanca; las aberturas entre los puntos altos sirven de ojales.

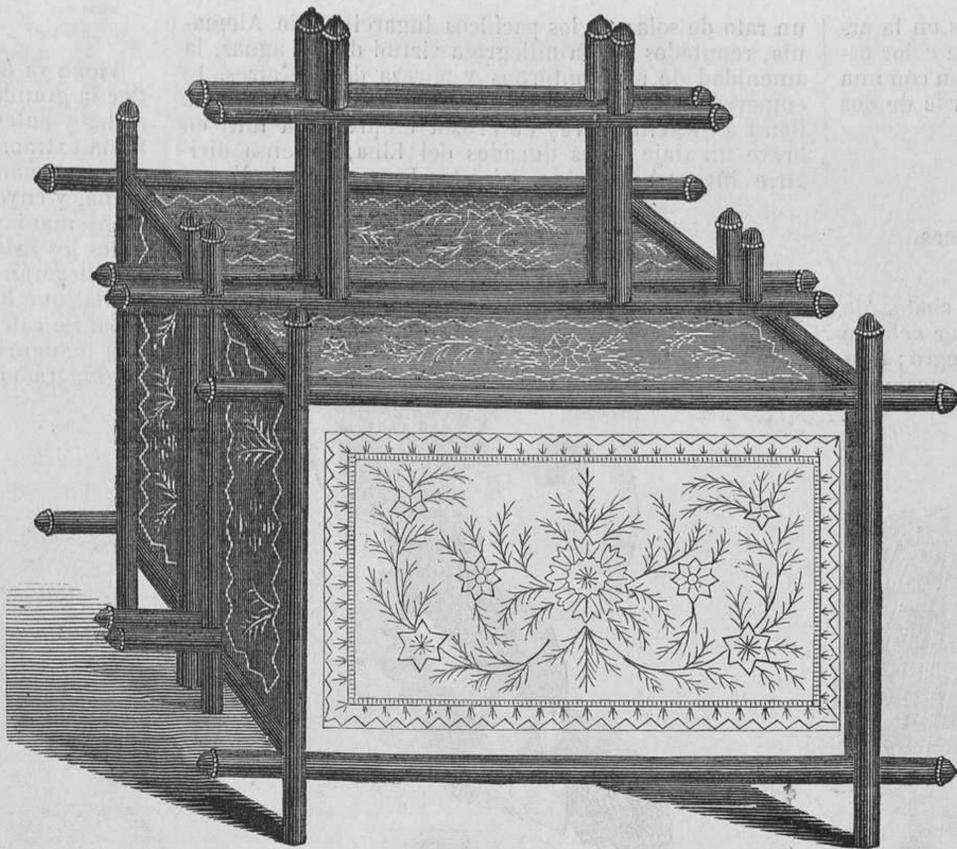
Para hacer las mangas se necesitan 36 puntos y 4 veces despues de cada sexta vuelta se aumenta 1 punto á cada lado, y se disminuye gradualmente en las diez vueltas siguientes á cada lado y se forma la sisa de la manga por arriba; la última de las 10 vueltas tiene 10 puntos.

La guarnición de las mangas es mas angosta que las otras; no se hacen mas que 4 puntos. Cuando está concluida la manga se junta por el revés colocando la costura en medio de debajo de la sisa, y se tapa esta costura con un ribete á punto de media de 2 puntos de ancho.

Al rededor del cuello se pone un ribete igual y se remata por delante con dos borlitas.

Hay un modo muy sencillo de formar la abertura de los bolsillos y es separar el número que se quiere de puntos (14 en nuestro modelo) del borde interior de la hilera catorce y del borde superior de la hilera diez y seis.

Se sujeta la lana y se hace separadamente un pedacito para formar el bolsillo, cuyo pedacito se aplica al saquito. El borde de este bolsillo está adornado por el derecho de una angosta puntilla. Finalmente, se hacen 2 tiras á punto de media de 4 puntos de ancho, y de 20 centímetros de largo con lana encarnada, se ribetean todo al rededor con puntos al crochet con lana negra y se ponen en medio de la escotadura por detrás rematando cada tira con una borlita de lana encarnada.



N° 13. Neceser para la labor.

N° 10, 11 y 12. Cofrecito-almohadilla para guardar joyas.

Materiales: Cañamazo de Java y surtido de lana y seda.

Segun se ve en nuestro dibujo, se hace la tapa del

ancho sobre 14 de altura y se abre por en medio. Un bonito palo de ébano torneado reemplaza la caña de bambú, y cada punta tiene en su remate una bolita de porcelana incrustada en un círculo dorado.

El bordado que le adorna y que está muy en boga

hace algun tiempo, se llama *bordado indio* y se hace enteramente á punto lanzado, con sedas de colores vivos y variados.

Nuestro modelo está bordado sobre cachemira punzó, y una vez dibujado se forra con tela de algodón y se extiende sobre un telarcito.

Damos por separado el dibujo de uno de sus compartimientos. La orla es primeramente un doble feston negro que se une con puntos derechos á una línea recta de hilillo de oro; entre los puntos negros se hace una florecita, de la cual los tres puntos mas largos son azules y los dos mas pequeños blancos. Se cambia alternando los colores de esta florecilla, y se hace una con tres puntos oscuros y dos amarillos.

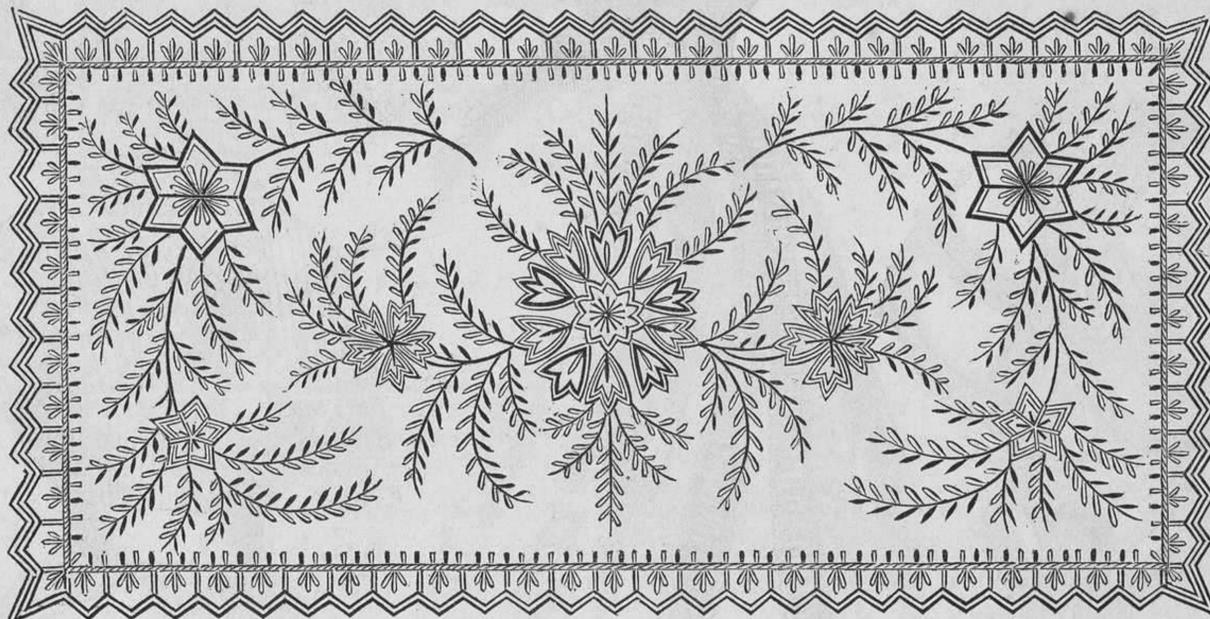
*Flor del centro*: Estrella en medio, oscura; redondel festoneado blanco; uno

de los pétalos; primer contorno azul, segundo contorno blanco y nervadura negra, alternado con otro pétalo que lleva, primer contorno amarillo, segundo contorno negro y nervadura blanca.

*Flores grandes de las esquinas*: Primer contorno negro, segundo contorno amarillo, rayas negras y rayas mas pequeñas blancas.

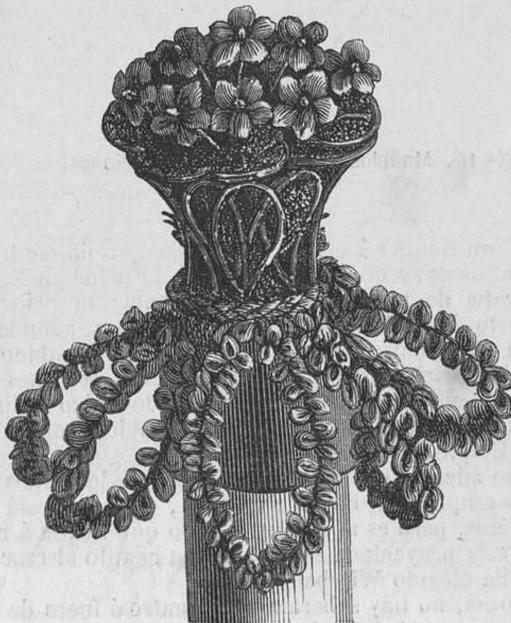
*Flores pequeñas de las esquinas*: Dos contornos blanco y negro. Tallos oscuros, follaje variado, avellana y blanco, ó verde oscuro y verde claro, ó verde y avellana.

Terminada esta labor, se extiende el paño sobre cartón muy delgado (N° 3) que se forra de raso punzó ligeramente acolchado y pespunteado á rombos menudos, y la montura recibe los cartones preparados así y cosidos juntos. No hace falta ningun adorno de trencilla ni de borlas.



N° 14. Bordado del neceser para la labor.

cofrecito-almohadilla sobre cañamazo Java y se rodea con un feston á punto lanzado, de lana negra, con grupos de tres puntos de seda encarnada. El motivo punteado se hace de seda amarilla, y los puntos derechos y la orla de seda negra.



N° 15. Tapon de tubo de lámpara.

N° 15. Tapon de tubo de lámpara.

Hé aquí una laborcita muy entretenida y que se hace pronto; solo exige un poco de destreza y de buen gusto y sirve de utilísimo adorno á las lámparas, que se llenan de polvo cuando no se usan continuamente.

Nuestro modelo representa un canastillo de violetas rodeado de girándolas de verdura.

Para cada tapon se hacen nueve ó diez violetas con lana de un color vivo.

Para hacer una violeta, se tienden cuatro cabos de lana sobre un latón, se repliega por en medio, se da vuelta al latón y ya está formado el pétalo. Cinco se necesitan, que se disponen en torno de un corazoncito

Las flores son de seda encarnada con punto anudado negro en el centro y cruz de seda amarilla. Los tallos son oscuros con follaje verde.

La banda que debe rodear la caja se borda por el mismo estilo, y debe tener 48 centímetros de larga sobre 6 1/2 centímetros de ancha. Con esto se cubre una caja cuadrada de cartón. Sobre la tapa se fija una almohadilla que se cubre con el cañamazo. En todas las costuras se pone una ruche de cinta encarnada, segun las indicaciones de nuestro grabado.

Este cofrecito-almohadilla, adornado como hemos dicho, es muy elegante y se pone sobre una mesa de tocador, para echar en él las sortijas y las alhajas menudas de un uso ordinario.

N° 13 y 14. Neceser para la labor. Bordado indio.

Materiales: Montura de madera de ébano adornada de cuentas de porcelana; paño de cachemira punzó y surtido de sedas.

Este nuevo modelo, de una originalidad graciosísima, no es ni un cesto ni una caja, propiamente hablando, sino que es un término medio entre ambos objetos. Tiene 20 centímetros de

El bordado que le adorna y que está muy en boga

hace algun tiempo, se llama *bordado indio* y se hace enteramente á punto lanzado, con sedas de colores vivos y variados.

Nuestro modelo está bordado sobre cachemira punzó, y una vez dibujado se forra con tela de algodón y se extiende sobre un telarcito.

Damos por separado el dibujo de uno de sus compartimientos. La orla es primeramente un doble feston negro que se une con puntos derechos á una línea recta de hilillo de oro; entre los puntos negros se hace una florecita, de la cual los tres puntos mas largos son azules y los dos mas pequeños blancos. Se cambia alternando los colores de esta florecilla, y se hace una con tres puntos oscuros y dos amarillos.

*Flor del centro*: Estrella en medio, oscura; redondel festoneado blanco; uno

de los pétalos; primer contorno azul, segundo contorno blanco y nervadura negra, alternado con otro pétalo que lleva, primer contorno amarillo, segundo contorno negro y nervadura blanca.

*Flores grandes de las esquinas*: Primer contorno negro, segundo contorno amarillo, rayas negras y rayas mas pequeñas blancas.

*Flores pequeñas de las esquinas*: Dos contornos blanco y negro. Tallos oscuros, follaje variado, avellana y blanco, ó verde oscuro y verde claro, ó verde y avellana.

Terminada esta labor, se extiende el paño sobre cartón muy delgado (N° 3) que se forra de raso punzó ligeramente acolchado y pespunteado á rombos menudos, y la montura recibe los cartones preparados así y cosidos juntos. No hace falta ningun adorno de trencilla ni de borlas.

N° 15. Tapon de tubo de lámpara.

Hé aquí una laborcita muy entretenida y que se hace pronto; solo exige un poco de destreza y de buen gusto y sirve de utilísimo adorno á las lámparas, que se llenan de polvo cuando no se usan continuamente.

Nuestro modelo representa un canastillo de violetas rodeado de girándolas de verdura.

Para cada tapon se hacen nueve ó diez violetas con lana de un color vivo.

Para hacer una violeta, se tienden cuatro cabos de lana sobre un latón, se repliega por en medio, se da vuelta al latón y ya está formado el pétalo. Cinco se necesitan, que se disponen en torno de un corazoncito

verde artificial. Luego se arreglan las violetas en la armaron que figura un canastillo de mimbre de color oscuro, y por último, se adorna la orla del tapon con una pequeña franja baja de lana doble de un verde de dos matices.

#### Nº 16. Modelos de tocados y confecciones.

Nº 1. Sombrero de paja de arroz, de casco chato. Ala redonda, angosta por los lados, muy ancha por delante y guarnecida con un alto volante de encaje negro; rosa con follaje en el lado izquierdo y banda de encaje sujeta bajo el ala y sostenida por delante con un lazo de cinta.

Nº 2. Gorra-tocado, compuesta de un ala muy estrecha, guarnecida con una blonda y cubierta con una ancha cinta de raso anudada bajo el rodete. El fondo está figurado por un velito de tul de seda que lleva una alta blonda bordada, formando banda por delante.

Nº 3. Gorra de casa, de ala redonda, que se aplica al rostro, y guarnecida por encima con un entredos y una doble ruche de muselina. El casco es ancho y lleva una jareta por abajo. Un ancho entredos rizado por ambos lados atraviesa el casco de esta gorra.

Nº 4. Fichu-manteleta (estilo María Antonieta) de muselina lisa, de largas puntas redondas y que caen derechas por delante; el adorno consiste en una ruche marquesa y en sesgos de tafetan de color claro. La esclavina es redonda y está guarnecida con un alto encaje.

Nº 5. Cuerpo de muselina lisa, un poco escotado, sin mangas y de faldetas, con esclavina abierta por delante y redondeada en la espalda: adorno de entredos de guipure, puntilla de encaje y terciopelo. Cinturón anudado por detrás y de puntas largas guarnecidas de volantes.

Nº 6. Cuerpo de muselina plegada, abierto por delante en rombo y enteramente adornado con una ruche. Dos largas puntas fijadas al talle forman drapería y se anudan por detrás. Un cinturón de cinta sostiene el talle.

Nº 7. Sombrero de paja de Italia, de forma plana, guarnecido con dos ruches dobles de crespon. El delantero es redondo y lleva por adorno una rosa doble con follaje; cintas de atar, de tafetan.

#### Variedades.

Los soberanos y estadistas célebres de Europa parecen haber abandonado sus tareas políticas para buscar

un rato de solaz en los pacíficos lugarillos de Alemania, reputados por la milagrosa virtud de sus aguas, la amenidad de sus contornos y pureza de sus aires. El emperador de Austria se dirige á Ischl, y su ministro Beust á Gastein: el rey de Prusia emprenderá muy en breve un viaje á los ducados del Elba, y piensa dirigirse luego á Ems; su ministro Bismark se halla ya

Viena va á cambiar de aspecto dentro de pocos días. Por la grande animacion que reina en las principales calles y bulevares, se comprende que va á haber una fiesta extraordinaria. Es la Sociedad de los francos tiradores alemanes, que ha sido invitada para reunirse en Viena, y cuyos miembros llegan de todos los rincones de Alemania con una multitud de francos tiradores de todos los Estados de Europa y aun de América. Se dice que llegarán á 40,000. Es un verdadero ejército cosmopolita, que habla todos los idiomas y dialectos de Europa. Se calcula en 200,000 las personas que asistirán á la inauguracion de esta fiesta, que será presidida por el emperador.



Nº 16. Modelos de tocados y confecciones.

hace algun tiempo á orillas del Báltico, en donde trata de restablecer su quebrantada salud. El príncipe Napoleón acaba de volver de Constantinopla; el príncipe Humberto de Italia está viajando por Suiza, adonde se dirigirá próximamente la reina Victoria: también el ex-ministro Ratazzi piensa pasar algunas semanas en Ems, en donde tropezará con su antiguo amigo y aliado el rey Guillermo, y probablemente también con el virrey de Egipto.

Créese además que acudirá asimismo á los baños de Ems el emperador de los franceses, que hoy está en Plombières, pero es aun muy dudoso que llegue á realizarse esta proyectada excursion. En cuanto al czar de Rusia, ha elegido Wiesbaden.

En suma, no hay soberano que dentro ó fuera de sus dominios no esté de viaje.

tú? A mí los hombres me maldicen; yo llevo tras de mí la desesperacion y el llanto.

— Hermano mio, no te aflijas, interrumpió vivamente el ángel del sueño: nuestra mision difiere muy poco la una de la otra. No hay mas que los malvados que te teman, pues el hombre que habrá obrado el bien sobre la tierra, ¿no te bendecirá al despertarse en otro mundo mejor? Tú habrás cambiado su vida, llena de inquietudes, de enfermedades, de tristezas, en una vida eternamente feliz y llena de goces infinitos. Los hombres me bendicen porque les hago olvidar sus males durante algunas horas: ¿cuánto no te bendecirán á tí, que los libras de ellos por toda la eternidad?

\*\*

El ángel de la muerte y el ángel del sueño se encontraron una vez en la tierra. Era de noche, sobre una colina; el silencio no estaba turbado mas que por el murmurio de la brisa que agitaba las hojas de los árboles.

Cuando el ángel del sueño hubo esparcido sus adormideras, todas las criaturas, desde el niño inocente hasta el triste anciano, hallaron un grato reposo, el enfermo olvidó sus sufrimientos, el pobre sus angustias, el rico sus preocupaciones y sus ambiciosos cuidados, y el culpable sus remordimientos.

El buen genio contempló con dulce placer la naturaleza, en la cual una calma profunda habia sucedido á la actividad del trabajo, y dijo á su compañero:

— Cuando aparezca la aurora, los hombres me bendecirán como á su bienhechor y á su amigo. ¡Cuánto júbilo se experimenta esparciendo el bien sin ser vistos! ¡Cuán felices somos nosotros, mensajeros invisibles de Dios, llenando nuestra mision de paz y de ventura!

El ángel de la muerte miró tristemente á su feliz compañero, y en sus ojos brilló una lágrima.

— ¡Ah! exclamó con tono doloroso: ¿por qué no puedo yo regocijarme como tú?